



UNIVERSIDAD DE CHILE
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

**LA IDENTIDAD CHILENA EN LAS CRÓNICAS DE
JOAQUÍN EDWARDS BELLO**

Memoria para obtener el título de Periodista

Alumna: Macarena Scheuch Navarrete

Profesor guía: Eduardo Santa Cruz Achurra

Octubre de 2007

Santiago, Chile

ÍNDICE

	Página
I- Introducción.....	3
II- El Problema de la Identidad	7
III- La Crónica Periodística: Concepto e historia	17
IV- Contexto Social de las Crónicas de Joaquín Edwards Bello.....	24
V- Análisis de las Crónicas de Joaquín Edwards Bello	41
VI- Análisis de las novelas “El roto” y “La chica del crillón”	81
VII- Conclusiones.....	100
VIII- Bibliografía	105
IX- Anexos.....	107

I. INTRODUCCIÓN

En los países latinoamericanos constantemente se reflexiona sobre la identidad, sobre todo porque no podemos rehuir que somos fruto de una experiencia traumática: el mestizaje entre españoles e indios. Chile no es la excepción, por lo que hay abundantes ensayos e investigaciones que están dedicadas exclusivamente a analizar el proceso de la constitución de nuestra identidad (Larraín, Montecinos, etc.)

Sin embargo, el revisar este “autorreconocimiento” desde la perspectiva de escritores y poetas también es válido, pues estos personajes tienen tal vez una sensibilidad especial que les permite transmitir las esencias de una nación o pueblo con la belleza de los recursos literarios.

El 18 de septiembre de 2010 se celebra el Bicentenario. Pero hubo alguien quien ya nos relató con muchísimos detalles cómo se vivió el Centenario en 1910, durante el “tiempo gordinflón” que proporcionó el capitalismo antes del inicio de la Primera Guerra Mundial: Joaquín Edwards Bello.

Nacido en Valparaíso, en el seno de una ilustre familia, Edwards Bello optó por dedicar su vida al periodismo aun cuando esta actividad era mirada en menos por el resto del clan. En efecto, su padre quería que estudiara Derecho y le había ofrecido como premio un viaje a París al final de sus estudios. Algunos años más tarde y cuando su padre ya había muerto, Joaquín Edwards Bello conoció por primera vez la capital francesa, pero sin tener ninguna relación con la abogacía.

Nunca perdió la pasión por lo que hacía, aun cuando tenía dudas. Al recordar su primer periódico, La Juventud (1901), en la crónica llamada “Mi periódico en 1901” afirma: “A veces di las espaldas al periodismo, pero sólo aparentemente, ‘como el remero que da las espaldas al puerto que es su meta’”¹. También dijo una vez: “yo hago crónicas hasta cuando duermo.”²

Su fama creció desde que empezó a escribir sus crónicas en La Nación los jueves. A la hora de escribir, su gran aliado fue su archivo, pues guardaba ficheros con recortes de diarios sobre innumerables personajes históricos, acontecimientos o épocas. Un solo dato interesante podía dar rienda suelta a la pluma de este periodista nacional. Sobre este gran apoyo escribió:

*“Cada mañana entro en el terreno desigual de los diarios para cosecharlos, esto es, para sacar de ellos y archivar lo más importante. Labor disociadora, de esquizofrenia, por cuanto me hace saltar del tema de la inflación al del matriarcado, de éste al nombramiento de doctoras honoris causa y de ahí a la aventura doméstica y de las cuenteras del billete premiado en la lotería.”*³

¹ Edwards Bello, Joaquín, “Mi periódico en 1901”, en *Memorias*. Santiago, Leo Ediciones, 1983. P. 82

² Edwards Bello, Joaquín, “La imposible vida social”, en *Hotel Oddó*. Santiago, Zig-Zag, 1966. P. 116

³ Edwards Bello, Joaquín, “El archivo”, en *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Santiago, Zig-Zag, 1966. P.

Obtuvo muchos premios como el Nacional de Literatura (1943) y el Nacional de Periodismo (1959). Fue homenajeado como ciudadano ilustre de Valparaíso. Sólo su suicidio en 1968 impidió que su legado de crónicas y novelas fuera aún más reconocido.

Como buen periodista, Edwards Bello utilizó con maestría la observación como una herramienta fundamental para escribir sus crónicas. Y no sólo de una parte de la sociedad chilena, sino de ella en su conjunto. Al respecto dice el escritor Jorge Edwards: “La situación del escritor, marginal, limítrofe, anómala, le permitía ver las dos caras de la vida chilena: las célebres carrozas ‘a la Daumont’ y la carretela con su yunta de bueyes, endieciochada, esto es, adornada con banderitas y cintas tricolores”⁴.

El periodista chileno fue capaz de poner el mismo empeño en la observación de los chilenos afrancesados poco patriotas de fines del siglo XIX, como a los miembros del proletariado viviendo en condiciones infrahumanas, tal como describe en “El Roto”. Analizaba y escribía sobre la sociedad de Santiago de principios del siglo XX, que era muy distinta a la de Valparaíso y a su vez diferente incluso a la capital de 30 años después. “La chilenidad es tan diversa como nuestro clima y nuestro territorio”⁵ afirmaba en la crónica “Criollismo y chilenidad”, doce años antes de su muerte.

Por esta razón, este escritor es un testigo innegable del Chile del pasado siglo y nos otorga una mirada distinta a la de la historia oficial. El mismo Edwards Bello se quejaba en su crónica “Vida de Bello”: “Nos ha quedado de la Conquista y de la Colonia

⁴Edwards Bello, Joaquín, *Antología de Familia*. Santiago, Sudamericana, 2002. P. 23 (prólogo)

⁵ Edwards Bello, Joaquín, “Criollismo y Chilenidad” en *Nuevas Crónicas*. Santiago, Zig-Zag, 1974. P. 201

el carácter utilitario y el gusto por el dato exacto”⁶. De esta manera, culpa a las leyes de Indias y su censura a la exportación de novelas y libros de caballería el poco interés por conocer la historia de Chile de forma novelada.

Antes de mostrar el resultado del análisis de sus crónicas, se hace necesario definir algunos conceptos. En el caso de la identidad, será sólo un acercamiento pues no hay dudas de que se trata de un tema complejísimo y que sigue siendo abordado por distintos autores. En este trabajo tendrá especial importancia el texto de Jorge Larraín, “Identidad chilena”, no porque no haya otros intelectuales que tengan igual o mayor mérito, sino porque su perspectiva histórica es más útil para entender los cuestionamientos sobre el carácter chileno durante la época de Edwards Bello. La identidad en el contexto de la globalización y otros fenómenos similares son más propios de las últimas décadas del siglo XX.

También se definirá lo que es la crónica, para entender qué fue considerado como tal al momento de analizar, y también su importancia en América Latina. Finalmente, fue necesario describir el contexto en el que estuvieron insertas tanto las crónicas como las dos novelas analizadas, considerando que texto y contexto siempre están relacionados. Además, todos los cambios producidos durante el siglo XX tuvieron su reflejo en la manera en cómo nos veíamos los chilenos, es decir, en nuestra identidad.

⁶ Edwards Bello Joaquín, “Vida de Bello”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P.34

II. EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD

Identidad

Tal como ya se mencionó, la búsqueda de la denominada “identidad” es muy frecuente en América Latina. El fenómeno de la globalización y la creciente mediatización ha hecho que aparezcan voces de alerta porque podríamos estar perdiendo nuestra esencia, lo que históricamente ha sido nuestro, en pos de un contacto más estrecho con las más diversas culturas, por muy lejanas que se encuentren.

Pero, ¿qué es la identidad? Jorge Larraín hizo un intento por responder. De inmediato se mostró enemigo de considerar la identidad como una herencia inmutable recibida en un pasado remoto, intocable, y la definió como un “proyecto a futuro”⁷, un proceso social de construcción. En este marco, la identidad nacional va cambiando. Se pueden crear incluso varias versiones de identidad, según los distintos discursos sociales que aparezcan, prevaleciendo siempre los de las clases o grupos sociales dominantes.

En Chile, según este autor, la construcción de lo identitario estaría relacionado con la trayectoria del país hacia la modernidad.

Larraín enumera tres concepciones teóricas acerca de la identidad. La primera, el constructivismo, implica la creación de identidad a través de discursos que interpelan a sujetos para constituirlos en “sujetos nacionales”. Su error sería el marginar los discursos privados y populares, que también construyen identidad.

La segunda es el esencialismo. Este consiste, por una parte, en considerar la identidad como un hecho acabado o esencia inmutable. Se trataría de experiencias y

valores comunes que se constituyeron en el pasado. Para Larraín, el problema de esta visión es que descuida la historia y el hecho de que la identidad cambie en el tiempo. También es esencialismo el conferir a un solo sujeto, como el pueblo o el empresariado, un rol preponderante en la constitución de la identidad descuidando al resto de la sociedad.

Esencialistas son las versiones de nuestro autorreconocimiento que Larraín logra identificar: la militar-racial, la psico-social, la visión empresarial moderna, la de cultura popular, el hispanismo y la religiosa católica.

La versión militar-racial, con autores como Nicolás Palacios y Roberto Hernández, destaca la importancia de los elementos militares y bélicos en la conformación de nuestra identidad. Da mucha relevancia a las guerras, desde la de Arauco a la del Pacífico y considera al Ejército como el depositario de los valores permanentes de Chile. Pero no sólo eso. Confiere además al “roto chileno” el valor de ser la base étnica de nuestro país⁸.

En esto último Edwards Bello parece coincidir. Si bien no acepta la teoría de Palacios sobre la procedencia de nuestro pueblo de los españoles godos, le confiere al roto una gran importancia y la responsabilidad de sacudirse de sus opresores históricos y demostrar sus virtudes. Sin embargo, como se verá más adelante, el autor lo cree más conformista y fatalista que un guerrero innato.

La segunda visión es la psico-social, que trata de identificar un “carácter” chileno, confiriéndole rasgos psicológicos como producto de una herencia. Al respecto, Larraín dice que, si bien las identidades personales y colectivas están muy

⁷ Larraín, Jorge, *Identidad Chilena*. Santiago, LOM Ediciones, 2001. P. 8

⁸ *Ibidem*. P.153

interrelacionadas y se necesitan entre sí para existir, “no se pueden trasponer elementos psicológicos de carácter, que se encuentran en las identidades personales de muchos chilenos, a la identidad nacional chilena”⁹, entre ellos la sobriedad, la avaricia, el sentido del humor, etc.

Sin embargo, como se verá durante el análisis de las crónicas, Edwards Bello suele hacer este tipo de generalizaciones. No es difícil encontrarse con frases como que el chileno es incapaz de ganar dinero en el comercio o que la envidia y la vanidad son pecados comunes a los criollos. Este tipo de aseveraciones serán consignadas de todos modos, por ser esta una visión específica de un autor respecto a la identidad.

Esta misma versión, la psico-social, incluye además la supuesta influencia del clima y la geografía en la construcción de identidades individuales y, por ende, también colectivas. Aunque Larraín rechaza esta visión, también la encontramos en las crónicas del autor de “La chica del crillón”, tal como lo demuestra en el siguiente extracto de uno de sus textos:

*“Según las estadísticas, ningún país nos gana en las carreras de la muerte. ¿Cuál es la causa del sangriento **récord**? La tierra es una estrella que se enfría. Chile es una parte en que el fuego no se ha extinguido. Larga cadena de volcanes activos o apagados. Respiramos imperceptible polvo volcánico. A veces el suelo se cubre de polvo volcánico. Ocurrió así no hace mucho. Hay terremoto y maremoto. Esto es, movimientos súbitos anormales de la tierra y del mar. ¿No habrá, acaso, movimientos súbitos de espíritus o **animamotos**? Pido*

⁹ Ibidem. P.162

privilegio para el neologismo. No hay razas, sino climas. El hombre es un producto del clima.”¹⁰

Una tercera visión esencialista es la empresarial post moderna. Como puede intuirse, ésta se refiere más a los discursos identitarios aparecidos en la década de los ’90, como fruto de las políticas liberales de la dictadura militar. Este discurso concibe a Chile como un país emprendedor económicamente hablando, asimilado a un “jaguar”, y pretende desvincularlo de otras naciones latinoamericanas, premodernas.

Si bien esta versión de identidad no existía tal como la entendemos hoy en la época de Joaquín Edwards Bello, es cierto que desde la década del ’50 había una incipiente cultura de masas, con nuevos medios de comunicación y compras a crédito. Además, como dicen Eduardo y Luis Eduardo Santa Cruz¹¹, los procesos modernizadores del siglo XX, la caída del orden liberal-oligárquico, el desarrollismo y la instauración de la acumulación capitalista tras el golpe militar del ’73, no pueden estudiarse en forma separada.

Cada uno de ellos se instaló en oposición a la etapa anterior, pero también mantuvieron una suerte de “tradicción” moderna, pues permanecieron ciertos elementos modernizadores. En el análisis de las crónicas se verá cuánto el consumo afectó la identidad de los chilenos durante la época desarrollista, lo que se intensificó después en la década del ’90.

En cuarto lugar, está la versión que le concede a la cultura popular chilena la única identidad auténtica y creativa. La oligarquía, en cambio, sólo se habría dedicado a

¹⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Últimos crímenes celebrados en Santiago”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 37

imitar a culturas foráneas. Si bien este discurso claramente no es dominante, lo cierto es que Edwards Bello lo comparte en alguna medida, al decir que nuestra clase alta, e incluso la media, tiende a la imitación, como se verá más adelante.

En quinto y sexto lugar, Larraín identifica las versiones “tradicionalistas” de la chilenidad, que también implican la existencia de una identidad como esencia. Se trata de la hispanista y la religiosa católica. La primera de ellas la mencionaré al tratar la identidad latinoamericana.

Respecto a la versión religiosa católica, el autor señala que sus defensores ven en la identidad chilena y también latinoamericana un sustrato evidentemente católico o, al menos, cristiano. Esta identidad se relacionaría con la modernidad barroca y la Contrarreforma católica. Su carácter es oral y no sería reconocida por las élites latinoamericanas.

Si bien en Edwards Bello la religiosidad está presente siempre en sus obras, en especial en las manifestaciones populares de la fe católica, no podría decirse que ve en ella el sustrato único o esencial de nuestra identidad.

Rechazando todas estas versiones, esencialistas, y también el constructivismo Jorge Larraín opta por una tercera concepción teórica, la histórico cultural. La considera el equilibrio entre las dos grandes posturas anteriores. Según esta visión, la identidad cultural es “algo que está en permanente construcción y reconstrucción dentro de nuevos

¹¹ Santa Cruz, Eduardo y Santa Cruz, Luis Eduardo, *Las escuelas de la identidad: la cultura y el deporte en el Chile desarrollista*. Santiago, LOM/Arcis, 2005.

contextos y situaciones históricas”¹². Tiene además la ventaja de tomar en cuenta las prácticas y significados de la vida cotidiana de las personas, lo que sin duda es muy recurrente en las crónicas de Joaquín Edwards Bello. La identidad es considerada como una interrelación dinámica entre lo público y lo privado.

Sin duda que la enumeración de los elementos constitutivos de la identidad, tanto personal como colectiva, que hace Jorge Larraín es un aporte para esta memoria de título. Éstas son:

1) Que los individuos se definen a sí mismos identificándose con cualidades de determinadas categorías sociales, tales como la religión, el género, la clase y la nacionalidad, etcétera. Si bien las dos últimas fueron más determinantes durante la modernidad temprana, es bueno tomarlas en cuenta porque muchas de las crónicas de Joaquín Edwards Bello se sitúan en ese contexto y hacen referencia a ellas.

Este punto se conecta con la opinión de Bernardo Subercaseaux, quien rescata la importancia de los valores en la constitución de la identidad, tanto de los individuos como colectiva:

“El proceso de llegar a ser sujeto se vincula con valores. La autonomía del sujeto emerge como tal a partir del momento en que hace una elección de valores, los elige y en ese momento se hace cargo y se identifica con ellos. Expresa así una identidad”¹³.

¹² Larraín, Jorge, Op.Cit. P.15

¹³ Subercaseaux, Bernardo, *La constitución del sujeto: de lo singular a lo colectivo*, en *Identidades y sujetos*, VVAA. Santiago, Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 2002. P.131

2) Que los individuos se identifican a sí mismos también a través del aspecto material, no sólo el cuerpo humano, sino también sus posesiones. Los seres humanos se proyectan a través de sus objetos y ven en ellos la posibilidad de ser aceptados en círculos sociales restringidos. Por ello es que la identidad también se vincula con el consumo.

3) La identidad implica la existencia de “otros”, de aquéllos cuyas opiniones sobre nosotros internalizamos y también aquéllos de los que nos diferenciamos. Por esta razón Larraín afirma que la construcción de identidad es un proceso intersubjetivo de reconocimiento mutuo. Tal como se verá al analizar las crónicas de Edwards Bello, ese “otro” en el caso de Chile fueron tanto países a los que nos queríamos asemejar, como España, Francia, Inglaterra, Alemania (en el Ejército) y Estados Unidos (más recientemente) así como naciones que son vistas con hostilidad y de las que nos queremos diferenciar, como Perú y Bolivia.

Identidad Latinoamericana

Jorge Larraín asegura que las identidades culturales pueden coexistir. Por ello, por ejemplo, se puede ser chileno sin dejar de ser latinoamericano. Dice Larraín al respecto: “en América Latina ha existido siempre una conciencia de identidad latinoamericana, articulada con las identidades nacionales”¹⁴. Esto se habría debido a los elementos compartidos por cada una de las naciones latinoamericanas, tanto autorreconocidos como imputados por el “otro” europeo.

¹⁴ Larraín, Jorge, Op. Cit. P. 49

También Jorge Larraín menciona diversas corrientes que han pretendido responder a la reiterada pregunta sobre la identidad latinoamericana.

En primer lugar están los indigenismos que, tal como sugiere su nombre, afirman que la identidad proviene del indígena americano y sus valores.

Jorge Gissi es uno de los autores que defienden lo indígena como lo propiamente latinoamericano. Para Gissi, el sólo hecho de hablar de “descubrimiento” de América “revela el grado en que América Latina no ha sido un mundo ‘para sí’ sino un mundo ‘para otro’¹⁵. Este etnocentrismo sería una prueba de que se ignora a las culturas precolombinas que constituyen *esencialmente* nuestro continente.

Esta ignorancia, según Gissi, produce confusión y que ni siquiera nosotros, los latinoamericanos sepamos bien qué es América Latina. La colonización produjo la pérdida de la identidad pre europea, la verdadera identidad, alienación que se mantendría hasta ahora:

“El carácter de la colonia después se rompió en cierto grado con la Independencia, pero la correlación entre la dominación de clases y las razas ha subsistido hasta hoy en todos los países de América Latina, y la identificación de lo blanco-europeo como superior también. Es la presencia actual del trauma de la conquista.”¹⁶

En segundo lugar, están los hispanistas, de quienes hablábamos anteriormente. Sus defensores valoran, por sobre todo, las tradiciones y la cultura hispánica, que tiene

su raíz en la vertiente católico-medieval. Uno de sus defensores es el sacerdote de los Sagrados Corazones Osvaldo Lira, quien cree que la independencia fue un parto prematuro y que, por esa razón, se adoptaron tan fácilmente durante el siglo XIX las tradiciones francesas y británicas.

Para Lira, toda nación tiene dos aspectos: el ontológico y el histórico. En el primero de ellos encontramos “su esencia o naturaleza, el conjunto de valores fundamentales permanentes que están contenidos en ella”¹⁷. Dada su formación católica, no es de extrañar que utilice la figura del “alma” para explicar la identidad de una nación.

En el caso chileno, el sacerdote afirma que la “chilenidad” debiera ser un modo peculiar de vivir la hispanidad, así como en Argentina la “argentinidad”, etc.

Sin embargo, el hispanismo no es muy aceptado actualmente por la mayoría de los autores que tratan el tema de la identidad, pues suele llevar a autoritarismos.

También están los defensores del mestizaje, es decir, la exaltación de los valores mestizos como la base de la identidad latinoamericana. Es una defensa del mestizaje tanto biológico como cultural y también tiene una corriente religiosa católica.

Finalmente están quienes creen que la identidad aún no está construida pero puede llegar a serlo. Reniega tanto de lo indígena como de lo español y lo mestizo.

¹⁵ Gissi, Jorge, *Identidad, carácter social y cultura latinoamericana*, en Suplemento Antropos, n°4154. Santiago, 1997. P.68

¹⁶ Ibidem. P.70

¹⁷ Lira, Osvaldo, *Hispanidad y Mestizaje*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952. P.17

Larraín critica todas estas corrientes como esencialistas y, como se dijo anteriormente, si la identidad fuera una esencia su pérdida implicaría inevitablemente el fracaso o la alienación.

Por ello, este autor reitera la idea de que la identidad se construye y cambia en el tiempo. Históricamente, dice, esta construcción ha coincidido con el proceso de construcción en la identidad y asegura que ambas no se contraponen, por ser la modernidad chilena eminentemente híbrida, distinta a la europea. Por lo tanto, no habría necesariamente una oposición, como opinan otros autores, entre la modernidad “gótica” y la identidad latinoamericana, “barroca”.

III. LA CRÓNICA PERIODÍSTICA: CONCEPTO E HISTORIA

La crónica pertenece a uno de los denominados géneros periodísticos. Según Vicente Leñero y Carlos Marín, autores de “Manual de Periodismo”, los géneros son formas de expresión a través de los cuales el periodismo se ejerce. Los textos periodísticos pueden ser informativos, de opinión (u opinativos), interpretativos o bien híbridos.

En el caso de la crónica, los autores mexicanos la sitúan entre los híbridos o los opinativos. Esto es variable pues los géneros no son herméticos y pueden mezclarse, tanto entre ellos, como con otras disciplinas, como la literatura. Leer a Joaquín Edwards Bello es un ejemplo de que esto último puede ser posible. Lo que sí puede hacerse es identificar el género que predomina en determinado texto periodístico.

Para Joseph Maria Casasús, la crónica es un género en el que se mezclan los elementos narrativos y los argumentativos. Es el género interpretativo por excelencia¹⁸.

Volviendo a Leñero y Marín, ellos definen a la crónica como “la exposición, la narración de un acontecimiento, en el orden en que fue desarrollándose”¹⁹ Su característica principal es que, además de información, transmite las impresiones del reportero. “Más que retratar la realidad este género se emplea para recrear la atmósfera en que se produce determinado suceso”²⁰.

Por una parte, los autores enumeran una serie de características que son propias de la crónica. Éstas son:

¹⁸ Casasús, J.M y Nuñez, L., *Estilo y géneros periodísticos*. Barcelona, Ariel, 1991. P.93

¹⁹ Leñero, Vicente y Marín, Carlos, *Manual de Periodismo*. México D.F, Grijalbo, 1986. P.43

²⁰ Íbidem.

a) Relato: Hacer la historia de un suceso, en orden cronológico. Debe abordar un hecho real; sólo así tiene valor periodístico. El relato debe ser lo más completo posible, no pueden faltar datos esenciales.

b) Público: Al ser una crónica periodística tiene por fin comunicar, está destinado a un público. Por ello, el lenguaje debe ser lo más sencillo y claro posible para que sea entendido por todos.

c) Oportuno: Se trata generalmente de escribir sobre hechos de la actualidad, por lo que debe ofrecerse cuando éstos acaban de ocurrir. En el caso de ser un suceso del pasado debe justificarse haciéndolo coincidir con la fecha en que ocurrió y sólo cuando la crónica aporte alguna novedad a lo previamente publicado al respecto. Edwards Bello escribió tanto sobre temas de actualidad como pasados. Un ejemplo del primero es “La tragedia chilena” (1960) a causa del terremoto de Valdivia. Una crónica que nace de efemérides, en tanto, es “Terremoto de Valparaíso (1956) cuando se cumplían 50 años del gran movimiento telúrico que afectó al puerto.

d) Cómo sucedió: En una crónica se responden las mismas preguntas que en una noticia (qué, quién, cómo, cuándo, dónde, por qué) pero a diferencia de ésta, que se basa en el **qué**, la crónica pone énfasis en el **cómo**.

Por otra parte, la crónica puede también ser clasificada en tres tipos:

a) Informativa: El cronista sólo se limita a relatar el hecho, sin incluir sus opiniones. Los mismos hechos que son materia noticiosa, pueden ser objeto de una crónica. Ésta última, entra en mayores detalles y “desmenuza” el hecho noticioso. Expone los hechos e incluye la versión oficial para que el lector saque sus conclusiones.

b) Opinativa: En este tipo de crónica, el periodista informa y opina. Puede ser un relato de un suceso presenciado o bien reconstruido por el cronista, tal como lo hace en muchas ocasiones Joaquín Edwards Bello. Se trata de un equilibrio entre lo objetivo y lo subjetivo, se informa y simultáneamente se comenta, aunque la información siempre es principal. A diferencia de la informativa, la opinativa puede variar el orden en que se desarrollan los sucesos, aunque siempre justificadamente. Da mayor libertad para desarrollar un estilo literario propio.

c) Interpretativa: Ofrece las informaciones esenciales pero, por sobre todo, interpretaciones y juicios del cronista. Es fundamentalmente subjetiva. La realidad es entonces sólo un punto de referencia para la interpretación de fenómenos sociales, mediante la cual pretende orientar al público. También permite el desarrollo de un estilo literario propio.

Sin duda la gran mayoría de las crónicas de Joaquín Edwards Bello son opinativas e interpretativas pues recrea situaciones pasadas, emite juicios y escribe en un lenguaje literario. Un ejemplo de esto último: “La calle quedó solitaria y pasa un carro solo, pero iluminado por dentro, como un verso.”²¹

Por ello el periodista y novelista porteño debe haberse inclinado por la crónica, por las libertades que ésta le brindaba. Dicen Leñero y Marín: “La crónica es una de las más literarias expresiones periodísticas: describe a los personajes desde muy distintos ángulos y emplea recuerdos dramáticos para ‘prender’ al lector”²².

²¹ Edwards Bello, Joaquín, “Barrio Brasil”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 121

²² Leñero, Vicente y Marín, Carlos, Op.Cit. P.156

Para Susana Rotker, la crónica en la lengua castellana, en tanto género y como práctica, es el punto de encuentro de los discursos literario y periodístico y tuvo un rol fundamental durante los inicios de la transición a la modernidad durante el siglo XIX. Los poetas, como José Martí y Rubén Darío, la utilizaron para comunicarse con el público y transmitir sus ideas, no sólo artísticas, sino también políticas e históricas: “La crónica, fue así, el vehículo para criticar y expresar a la sociedad que se modernizaba; fue también el recurso que les permitió –a través de la lectura y del conocimiento mutuo de sus textos- construir una poética que por vez primera estaba en los periódicos y no en los libros, que por vez primera se fue dando casi simultáneamente en todo el continente, desde México a la Argentina”²³.

Según Rotker, los cronistas al fin habían dado con un modelo de escritura que incorporara lo local con lo cosmopolita, la identidad latinoamericana con los elementos foráneos, luego de una ardua búsqueda tras la independencia.

Durante esa época y hasta aproximadamente 1880, los periódicos latinoamericanos tuvieron un papel racionalizador o civilizador, pues no sólo contenían informaciones, sino también mucha opinión, en gran parte de escritores. También había en esas publicaciones un interés pedagógico, que atañía incluso a la identidad nacional.

Sin embargo, a fines del siglo XIX los periódicos dieron un giro más comercial. Esto no quiere decir que la noticia se haya convertido ya en un producto, sino que se dio más espacio físico a los avisos publicitarios y a las informaciones relacionadas con las importaciones, exportaciones y economía en general. Además de esto, se generó una confusión entre los distintos géneros, pues era muy difícil identificar lo propiamente periodístico de lo literario y viceversa.

²³ Rotker, Susana, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana, Casa de las

Los escritores comenzaron a escribir crónicas en los diarios como un trabajo remunerado. A esto se le llamó la “profesionalización del escritor”. Este hecho les daba la posibilidad a los literatos de ampliar su público, de dejar de escribir para las elites y democratizar la escritura, pero también presentaba la incomodidad de tener que someterse a una política editorial y a sus presiones.

Si bien trabajaban en el mismo lugar, los escritores quisieron diferenciarse inmediatamente de la figura del reportero. Los primeros escribían con estilo, con originalidad, mientras los segundos caían reiteradamente en el uso de clichés. Lo cierto es que, a pesar de que para algunos literatos escribir en diarios era rebajarse, la crónica les abrió nuevas posibilidades de escritura y de ver el mundo. Dice Susana Rotker:

“La crónica habría de aportar no sólo una práctica de escritura a los modernistas, sino la conciencia concreta de su instrumento y nuevas formas de percepción. Porque terminó cambiando incluso la concepción de los temas poetizables: el hecho concreto, lo prosaico, la vida diaria, el instante, todo es capaz de convertirse en poesía, pasado a través ‘del alma’ del poeta”²⁴.

Entre los antecedentes de la crónica latinoamericana, Rotker menciona, por una parte, los cuadros de costumbres francés e inglés, un subgénero de la literatura costumbrista. Se trataba de un *tableaux vivant* sobre hechos del pasado que pretendían racionalizar, ordenar el espacio de representación nacional.

Américas, 1992. P.10

²⁴ Ibidem. P.124

Por otra parte, estaba la *chronique* periodística francesa de mediados del siglo XIX, aunque ésta se ocupaba de relatar hechos curiosos o anecdóticos en vez de informaciones más relevantes.

Como resultado de ambos, Rotker afirma que “la crónica viene del periodismo, de la literatura y de la filología para introducirse en el mercado como una suerte de *arqueología del presente* que se dedica a los hechos menudos y cuyo interés no es informar sino divertir”²⁵.

Los precursores de la crónica en América Latina fueron Manuel Gutiérrez Nájera (en El Nacional de México, 1880) y José Martí (La Opinión Nacional de Caracas, 1881-1889 y La Nación de Buenos Aires, 1882-1885). Ambos imprimieron a la crónica un vuelco literario.

En el caso de Martí, escribía desde un nuevo tipo de porcelana hasta las guerras más importantes en el concierto internacional. Todo era convertible en un texto atractivo. El periodismo norteamericano, el nuevo periodismo, también tuvo influencias en él, sobre todo mientras fue corresponsal de La Opinión Nacional en Nueva York. Se dedicaba mayor extensión a informaciones que interesaban al hombre común y corriente.

La crónica modernista pudo, además, reafirmar la subjetividad a una práctica donde la objetividad era cada vez más buscada. A diferencia de los reporteros, que se apegan a la realidad, los escritores defienden el Yo del sujeto literario en sus crónicas. Pero ambos siguen siendo igualmente válidos:

²⁵ Ibidem. P.129

“El criterio de factualidad no debe incluir ni excluir a la crónica de la literatura ni del periodismo. Lo que sí era y es requisito de la crónica es su alta referencialidad –aunque esté expresada por un sujeto literario-y la temporalidad (actualidad)”²⁶.

Al analizar las crónicas de Joaquín Edwards Bello quedará de manifiesto que estos cronistas influyeron en él. Si bien no escribió de manera tan poética como Martí, pudo relatar de una forma atrayente y novedosa acontecimientos o personajes que, en ocasiones, parecieran no tener un atractivo periodístico a primera vista.

²⁶ Ibidem. P.139

IV. CONTEXTO SOCIAL DE LAS CRÓNICAS DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO

BELLO

El texto y su contexto

Antes de analizar las crónicas y las novelas de Joaquín Edwards Bello, es necesario considerar el contexto social y cultural en el que fueron escritas.

Muchos autores han tratado el tema del texto como algo no aislado de su contexto histórico sino estrechamente conectado a él. Uno de ellos es Raymond Williams, quien aborda este tema en su libro “Sociología de la cultura”. Según Williams, esta rama de las ciencias sociales, en su versión más contemporánea, debe apuntar a la investigación activa y abierta de una convergencia entre las ideas sociales y psicológicas generales con prácticas como la comunicación, el lenguaje y el arte.

Raymond Williams explica que los estudios de la llamada Sociología de la Comunicación se han replanteado el término “cultura” que hasta la segunda mitad del siglo XX contaba con dos tipos principales²⁷: La primera, que el autor llama “idealista” y que destaca la existencia de un “espíritu conformador de un modo de vida global” que se manifiesta en todas las actividades sociales pero es más evidente en las propiamente culturales, tales como el lenguaje, los estilos artísticos y, en general todo tipo de trabajo intelectual.

Al segundo tipo predominante lo llama “materialista” y consiste en destacar un “orden social global”, dentro del cual “una cultura especificable, por sus estilos artísticos

²⁷ Williams, Raymond, *Sociología de la Cultura*. Barcelona, Paidós, 1981. P.11

y sus formas de trabajo intelectual, se considera como el producto directo o indirecto de un orden fundamentalmente constitutivo por otras actividades sociales”²⁸.

Según este autor, los estudios de la sociología de la cultura se habían inclinado por una o por otra posición para realizar sus investigaciones, pero en su versión más contemporánea, toman elementos de ambas y postulan una nueva visión de cultura.

Esta nueva perspectiva, por una parte, acepta el interés por un orden social global del enfoque materialista pero insiste en que la “práctica cultural” y la “producción cultural” no derivan de él sino que son elementos esenciales de su constitución. Por otra parte, comparte el énfasis de los idealistas en considerar las prácticas culturales como constitutivas, pero en vez del “espíritu conformador” que se consideraba la base de las otras actividades, es la cultura “el *sistema significante* a través del cual necesariamente (aunque entre otros medios) un orden social se comunica, se reproduce, se experimenta y se investiga”²⁹.

Con este nuevo concepto de cultura, considerado como esencial en todas las formas de actividad social, también se amplía la idea de cultura más especializada, es decir, las actividades intelectuales y artísticas. Gracias al nuevo énfasis de “sistema significante”, éstas actividades dejan de ser restrictivas a las formas tradicionales de artes e intelectualidad, para incluir cualquier “práctica significante” que se da en la sociedad. Entre éstas se pueden contar, además de las artes y la filosofía, la moda, la publicidad y, por supuesto, el periodismo³⁰.

²⁸ Ibidem. P.12

²⁹ Ibidem. P.13

Por lo tanto, según esta perspectiva, las crónicas periodísticas también tienen mucha relación con su entorno cultural y, en el caso de Edwards Bello, esto es perfectamente demostrable.

El Chile de Joaquín Edwards Bello

Las crónicas de Joaquín Edwards Bello se ubican principalmente en la primera mitad del siglo XX, es decir, la etapa que tuvo que vivir como cronista en el diario La Nación, desde 1918, durante 40 años. Aunque no se limita sólo a esta era. También escribió sobre personajes de la Colonia, como la famosa Quintrala, o sobre intelectuales influyentes en Chile como Andrés Bello (su bisabuelo) y José Victorino Lastarria.

Para entender los inicios del siglo de las guerras mundiales hay que remontarse a su antecedente directo, el siglo XIX, que vio nacer al autor de “El Inútil” en Valparaíso.

Según cuenta el alemán Stefan Rinke³¹, esta centuria se caracterizó por la modernización material y cultural de Chile, un proceso que venía dándose lentamente desde la Independencia y que ahora cobraba fuerza. En este marco, se creó la influyente Universidad de Chile (1842), posteriormente la Universidad Católica (1888) y se comenzó a expandir la educación pública. La preponderancia española es reemplazada por Inglaterra y Francia: la primera en el ámbito económico y la segunda en sus ideas.

A fines del siglo XIX el país se dividió en dos bandos y se desató la Guerra Civil (1891), la que cobró más vidas que la llamada Guerra del Pacífico. El ambiente de crisis en la sociedad chilena fue total, lo que se vio agudizado con los numerosos saqueos que,

³⁰ Ibidem.

³¹ Rinke, Stefan, *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931*. Santiago, DIBAM, 2002.

en un comienzo, fueron organizados pero finalmente se descontrolaron. Dice Sofía Correa et alia:

“De la revancha política orquestada por sectores de la elite se pasó entonces al ajuste de cuentas de carácter social, por iniciativa de sectores desposeídos que, amparados por el vacío de poder imperante, se desquitaban de quienes juzgaban sus expoliadores.”³²

El pueblo, tal como se ve, trata de hacer justicia social por sus propias manos. Sin embargo, al tercer día, tras atacar todas las agencias de empeño que encontraron, saquearon almacenes de alimentos y alcohol. Es decir, según Correa et alia, se produjo un colapso social con características de carnaval.

La revolución del '91, los saqueos y el suicidio del Presidente José Manuel Balmaceda como víctima autoinmolada fue un tema recurrente en muchas crónicas de Joaquín Edwards Bello³³.

Durante el siglo XIX las ciudades comienzan a crecer y el liberalismo avanza a paso firme. El afán por la modernización, sin embargo, se remite al crecimiento comercial y la interacción con mercados internacionales, pero deja al margen la preocupación por lo social.

Rinke fija su mirada en el período entre 1910 (el Centenario) y 1931 (la caída de Carlos Ibáñez del Campo) pues considera que es crucial para la historia de la modernización en Chile. Por esta razón, aunque teniendo en cuenta que modernidad y

³² Correa, Sofía et alia, *Historia del siglo XX chileno*. Santiago, Sudamericana, 2001.

modernización no son lo mismo, no cabe duda que en esta etapa también se fue construyendo identidad, al menos en la visión de Larraín anteriormente explicada.

En cuanto a nuestra relación con los “otros”, tras la Guerra del Pacífico (o Guerra del Salitre) Chile no quiso entrar en nuevos conflictos con sus países vecinos y por ello aumentó su poderío militar y priorizó la formación castrense según el modelo alemán. También se estableció el servicio militar obligatorio en 1900. La razón para todo esto era “garantizar para la República un papel hegemónico en la región, fundado en apreciaciones relativas a la homogeneidad racial, la madurez política y el espíritu progresista de su población, o, para ser más exactos, de sus sectores dirigentes.”³⁴

Según relata Stefan Rinke, durante las primeras tres décadas del siglo XX la sociedad chilena fue cambiando su composición debido, principalmente, a la industrialización, la urbanización, el auge del movimiento laboral y la emergencia de la clase media. Ésta última era además considerada como el “sector que resumía las mejores virtudes de la chilenidad”³⁵, al menos hasta el agotamiento del sistema industrializador en los años '50.

Si bien las exportaciones siguieron siendo la base, las manufacturas aumentaron lentamente sobre todo luego de la creación de la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa) en la década de 1880. La Primera Guerra Mundial también favoreció el progreso industrial.

³³ “Cosas del 91”, “Últimos días de Balmaceda”, “Suicidio de Balmaceda”, “El saqueo”, entre otros.

³⁴ Correa, Sofía et alia, Op.Cit. P.26

³⁵ Santa Cruz, Eduardo y Santa Cruz, Luis Eduardo, Op.Cit. P. 28

Pero las principales riquezas seguían siendo los recursos minerales, una situación que había sido aceptada por las elites chilenas desde el siglo XIX pues esperaban que los inversionistas extranjeros que explotaban dichos recursos también introdujeran tecnología que impulsara la modernización de nuestro país a largo plazo. Sin embargo, la Primera Guerra mantuvo a los europeos ausentes de las inversiones.

Además, Alemania comenzó a producir salitre sintético, mucho más económico, lo que provocó una disminución tributaria y, por ende, una inestabilidad financiera. La moneda se devaluó y la inflación de los precios aumentó. Esto motivó discusiones entre los partidarios del establecimiento del sistema patrón oro (Joaquín Edwards Bello era uno de ellos) y los defensores de la inconvertibilidad del papel moneda.

Ante ese oscuro panorama económico, Chile tuvo que recurrir a préstamos con los Estados Unidos para implementar obras de infraestructura urbana y avances como el ferrocarril, el que permitió una mayor integración del territorio nacional. Éste fue uno de los inicios de la gran influencia que el país norteamericano ejercería en nuestro país. Comenta Rinke:

“No sólo logró Estados Unidos controlar el comercio chileno: sus inversores en el país aumentaron rápidamente, aproximándose al billón de pesos en 1929. En comparación, esta suma sobrepasaba varias veces las inversiones combinadas de Inglaterra y Alemania”³⁶.

La excesiva dependencia del salitre provocó preocupación en las elites chilenas, pues, como vimos, las finanzas dependían casi exclusivamente de él. No era una inquietud injustificada, pues efectivamente el nitrato comenzó a escasear. La Gran

Crisis de 1929 terminó por aniquilar la exportación del salitre natural, lo que dio paso al predominio del cobre.³⁷

Ante tanta inestabilidad económica, los mayores perjudicados eran los trabajadores, tanto en regiones como en la capital. Según Sofía Correa et alia “los sectores populares santiaguinos, por su parte, padecieron los tormentos de un inestable mercado laboral exento de una normativa legal que regulara y atemperara las desiguales relaciones entre capital y trabajo”.³⁸

Si bien los problemas de las condiciones de vida de los trabajadores y de los pobres rurales se venían discutiendo desde la década de 1870, el nuevo siglo y el centenario de la Independencia dio paso al discurso, elitista según Rinke, de la “cuestión social”.

En cierto sentido se hacía inevitable hablar de ella, pues la sindicalización se hizo más fuerte y ejercía presiones a través de huelgas. Los obreros ser fuertemente reprimidos en numerosas ocasiones, como en la masacre de Iquique de 1907³⁹.

Los trabajadores de los yacimientos vivieron una forma muy especial de modernidad. Por un lado, los inversionistas estadounidenses los incorporaron al sistema capitalista y la previsión social, pero por otro eran discriminados, su empleo era precario y sus condiciones de vida eran bastante inhumanas.

La industrialización, por su parte, estaba estrechamente ligada al aumento de la población y su urbanización, la que alcanzó un 50% en 1930⁴⁰. El crecimiento de las ciudades conllevó un gran cambio social. Santiago sobrepasó su capacidad, el arriendo

³⁶ Rinke, Stefan, Op.Cit. P. 25

³⁷ Correa, Sofía et alia, Op.Cit. P.25

³⁸ Ibidem. P. 29

en el centro se encareció y muchas personas se tuvieron que establecer ilegalmente en la periferia. En la década del '30 la población urbana superó a la rural.

La capital se hacía atractiva pues “la riqueza emanada del sector exportador se invertía y disfrutaba predominantemente en Santiago (“feópolis” según Edwards Bello) y, en menor medida, en Valparaíso para desgracia del grueso de las provincias que resentían ese centralismo.”⁴¹

En el caso de Valparaíso (“incendiópolis”, según el mismo autor), ciudad natal de Edwards Bello, tenía la ventaja, por su influencia extranjera, de ser más cosmopolita y tolerante frente a la diversidad religiosa que el ultracatólico Santiago. Su casi total destrucción por un terremoto, en 1906, significó una fuerte inversión para poder reconstruirla. Sólo la apertura del Canal de Panamá en 1914 hizo que se resintiera su influencia extranjera.

La creciente clase media se ocupó como vendedores, comerciantes, empleados fiscales, en la creciente burocracia estatal y en empresas de servicios nacionales y extranjeras. La profesionalización se afirmó en reformas educacionales que venían del siglo anterior, pero que fueron reforzadas.

Los intelectuales provenientes de esta clase, influenciaron fuertemente en los debates reformistas. Las transformaciones sociales condujeron a cambios políticos como el crecimiento del electorado, la inclusión de la protección de los trabajadores a las agendas de los partidos y la creación de nuevos como el Partido Obrero Socialista

³⁹ El mismo Edwards Bello escribe sobre este hecho en crónicas como “Sucesos de Iquique” y “Ataques a don Pedro Montt”, ambas en *Crónicas del centenario*. Santiago, Zig-Zag, 1968.

⁴⁰ Rinke, Stefan, Op.Cit. P.26

⁴¹ Correa, Sofía et alia, Op.Cit, P.27

por Luis Emilio Recabarren en 1912, el que una década más tarde se transformó en el Partido Comunista de Chile.

El Centenario fue la excusa ideal para la difusión de nuevas ideas sociales, aunque su celebración estuvo trágicamente precedida por la muerte del Presidente Pedro Montt y el vicepresidente que lo reemplazó, Elías Fernández Albano. Finalmente, fue Emiliano Figueroa quien presidió las ceremonias oficiales⁴²

Autores como Enrique Mac-Iver o el mismo Recabarren denunciaban la corrupción moral de elite chilena y veían al Chile de esa época con una “historia construida sobre la base de la desigualdad y no, como la misma idea de nación pretende, a partir de una experiencia social compartida. El Centenario, visto por Recabarren, se convierte en un mero evento de clase.”⁴³

Los presidentes Ramón Barros Luco (1910-1915) y Juan Luis Sanfuentes (1915-1920) sólo habrían pospuesto el proceso reformista, cuyas esperanzas sólo llegaron con Arturo Alessandri Palma⁴⁴ (1920) visto como el benefactor de los trabajadores y la clase media. Aunque no logró realizar todas sus promesas, debido principalmente a trabas en el Congreso, al menos logró poner el espíritu reformista en el tapete. Si bien sufrió dos exilios, entre ambos pudo proclamar la nueva Constitución (1925) que otorgaba amplias facultades al Ejecutivo y separaba a la Iglesia del Estado.

El coronel Ibáñez del Campo siguió por la senda de Alessandri en cuanto a un Estado intervencionista y agente de cambio. Además, representó una manera autoritaria

⁴² Edwards Bello trató este tema en sus crónicas “El 18 del Centenario”, “Política en el Centenario de 1910” y “Mala suerte presidencial”.

⁴³ Correa, Sofía et Alia, Op.Cit. P.47

de modernización: aumentó la burocracia estatal, favoreció a la industria y reprimió cualquier tipo de oposición. Censuró a muchos medios de comunicación y deportó a sus dueños, como Agustín Edwards (El Mercurio) y Eliodoro Yañez (La Nación). Según Rinke, su ambigüedad está en que su autoritarismo convivió con un récord de reformas sociales importantes⁴⁵.

Es en los '30 cuando nace la promesa de un país que avanza hacia el progreso (o desarrollo) y que se materializará con el advenimiento al poder del Frente Popular y Pedro Aguirre Cerda. Éste venció con el decididor lema “Pan, techo y abrigo”. La creación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) durante su Gobierno fue una muestra de su impulso industrializador y nacionalismo económico. Entre la década del '30 y el '50, el Estado chileno más que triplicó el gasto fiscal en programas sociales⁴⁶.

Los principales problemas que aquejaban a los chilenos de entonces eran la altísima mortalidad infantil, las enfermedades venéreas, el alcoholismo y la existencia de los conventillos, entre otros. Como se verá más adelante, Edwards Bello no se mantuvo ajeno a esta realidad y la retrató en su novela “El Roto” (1920).

Como fue mencionado anteriormente, gracias al dinero de las exportaciones, la capital de Chile comenzó a cambiar su apariencia, construyendo rascacielos y edificios a imitación de Nueva York, sobre todo después de la Primera Guerra. El consumismo

⁴⁴ En la crónicas “La palabra del Presidente” y “Monumento a Alessandri” se puede apreciar la simpatía que Joaquín Edwards Bello tenía por el “León de Tarapacá” y su oratoria. En tanto, “En el tren presidencial” relata su experiencia de viajar con Alessandri hacia Valparaíso.

⁴⁵ Rinke, Stefan, Op.Cit. P. 113

moderno se disparó. Stefan Rinke hace hincapié en la gran demanda de aparatos eléctricos para un mercado tan pequeño como el chileno. Uno de los símbolos de este fenómeno fue la venta de automóviles, que aumentó a más del doble en siete años, siendo la mayoría marca Ford⁴⁷.

Sin embargo, el consumo estuvo al alcance sólo de las clases alta y media. Los trabajadores tuvieron algo de acceso a través del crédito, pero aun así el adquirir los bienes modernos fue algo que se mantuvo muy alejado de las masas.

Los medios de comunicación, por su parte, tuvieron un gran desarrollo en las primeras décadas del siglo. El líder entre los periódicos era El Mercurio, aunque la fundación de La Nación en 1916 por Eliodoro Yañez fue el inicio de una reñida competencia.

Ambos diarios circulaban entre todos los círculos sociales. Otra competencia fueron las revistas ilustradas como Sucesos y Zig-Zag que aparecían semanalmente⁴⁸. Además de éstas, se crearon numerosas revistas especializadas. Por esta razón, los periódicos debieron modernizar su apariencia, siguiendo los modelos estadounidenses.

El Diario Ilustrado, en primer lugar, y luego Las Últimas Noticias, La Nación y Sucesos comenzaron a imprimir fotografías y titulares sensacionalistas, mientras El Mercurio se mantuvo más conservador. Esto permitió a los diarios aumentar su público a los analfabetos, que según Rinke constituían el 50% en 1920 y el 44% diez años más tarde.

⁴⁶ Correa, Sofía et alia, Op.Cit. P. 149

⁴⁷ Ibidem. P. 46

⁴⁸ Como dicen Eduardo y Luis Santa Cruz, éstas revistas magazinescas reprodujeron el discurso nacionalista de las primeras dos décadas del siglo XX. En el caso de “Sucesos” y “Corre vuela”, sus

La literatura, por su parte, se independizó de la política doctrinaria y los criterios morales. Hay una mirada hacia lo nuestro. Emerge el “criollismo”, la valoración por lo nacional, lo que es bien recibido por la crítica. Dice Sofía Correa et alia:

El máximo pontífice de la crítica literaria a inicios del siglo XX, Omer Emeth, nombre de pluma del sacerdote Emilio Vaisse, desde las páginas de El Mercurio celebró la publicación de obras de filiación criollista, cuyos autores al fin nutrianse de cuanto conformaba su entorno y circunstancias, desechando así ese tipo de lectura que operaba, según su parecer, como mero acto reflejo de lectura.”⁴⁹

A este crítico francés dedica Edwards Bello su crónica “Omer Emeth” y lo menciona recurrentemente en otras de sus obras periodísticas. Es la época de Luis Orrego Luco y su novela “Casa grande” y la progresiva aparición en diversas publicaciones de poesía de Gabriela Mistral, Pablo Neruda y los vanguardistas Vicente Huidobro y Pablo de Rokha.

Pero, sin lugar a dudas, el impacto más fuerte en la naciente sociedad de masas, lo produjo la radio y el cine, sobre todo gracias a la juventud de la época. La radio llegó a un pequeño aunque creciente grupo de receptores. En 1923 se creó la primera radio nacional, la Chilena, ubicada en el entonces modernísimo edificio Ariztía. La

artículos, chistes y hasta caricaturas reflejaban un nacionalismo vulgar y xenófobo, especialmente contra Perú y los agitadores extranjeros.

⁴⁹ Correa, Sofía et alia, Op.Cit. P. 76

programación imitó también al modelo de Estados Unidos y se sustentaba principalmente en la publicidad.

Fue en la década de 1960 en que este medio de comunicación se masificó, con una clara función integradora similar a la del ferrocarril a principios del siglo. Además favoreció la aparición de la afición deportiva, en especial en el box y el fútbol, donde la población se identificó con diversos deportistas chilenos y equipos como Colo-Colo.

En preferencias musicales, mientras la elite chilena frecuentaba el Teatro Municipal para escuchar la ópera (o mejor dicho, para compararse entre sí) la clase media se inclinaba, a principios de siglo, por la zarzuela. Ésta, a juicio de Correa et alia “reinó en la década final del siglo XIX, ayudando a inaugurar, en tanto forma de producción y consumo cultural, el escenario de una cultura de masas que se consolidaría en el siglo XX.”⁵⁰

Las nuevas músicas provenientes, como es de suponer, de Estados Unidos, calaron hondo en la juventud chilena y crearon personajes como “El chiquillo Jazz” de apariencia evidentemente estadounidense. Esto generó numerosas críticas a la cultura de masas, pues se le consideraba como un alejamiento de las raíces tradicionales chilenas.

El cine, en tanto, también dio mucho de que hablar⁵¹. Las películas llegaron poco tiempo después de su primera exhibición en Europa. A fines de la década de 1910

⁵⁰ Ibidem. P. 31

⁵¹ Entre las crónicas del autor sobre películas y el cine en sí mismo se pueden mencionar como ejemplos “¿A qué cine iremos?”, “La fuente del deseo”, “De El seminarista a Dios creó a la mujer”, “Ingrid Bergman y la fatalidad” y “Reflexiones en el cine”. Todas incluidas en *Hotel Oddó*. Op.Cit.

ya era el medio de comunicación más influyente: no sólo era moderno sino que también estaba disponible para todas las clases sociales, incluso para los trabajadores mineros, aunque obviamente en distintos teatros.

Luego del fin de la Primera Guerra Mundial, comenzaron a predominar las películas hechas en Hollywood y la prensa popular convertía a sus actores y actrices en celebridades, en estrellas.

Stefan Rinke comenta a propósito de la influencia del cine:

“Las películas de Hollywood también transmitían nuevas y modernas imágenes de estilos de vida, las que eran especialmente importantes para las personas jóvenes, mostrando cambios en los roles correspondientes a cada sexo o presentando posibilidades de movilidad social”⁵².

Las ideas que las películas hollywoodenses entregaban, especialmente las de consumismo y libertad, fueron vistas como amenazas por parte de los más conservadores pues, según ellos, se realizaban males como el materialismo, el divorcio y el consumo de drogas. Por ello se introdujeron las primeras leyes de censura.

Como dicen Eduardo y Luis Eduardo Santa Cruz, la industria cultural que se generó en esos años, ayudó a cotidianizar la modernidad para asimilarla con mayor facilidad. Ayudó a vivir los factores modernizadores impulsados por el Gobierno, como el desarrollo urbano, la expansión de comunicaciones y nuevas tecnologías, la

⁵² Rinke, Stefan, Op.Cit. P. 61

industrialización y el desarrollo del aparato educacional entre otros. También ayudó a construir identidad:

*“Hacia los años '20 el teatro, el cine, el circo, los espectáculos de variedades, el deporte en tanto espectáculo (especialmente el boxeo y el fútbol), una gran variedad de publicaciones escritas (diarios y revistas de diverso cariz, entre ellos), la aparición de las primeras formas de publicidad de masas, etc., nos hablan de un entorno cultural y comunicacional, no solamente en Santiago, en el que y desde el cual circulaban un conjunto de estrategias discursivas que apuntan a la construcción de un sentido común y un imaginario de país y sociedad.”*⁵³

Mientras la industria cultural mostraba un discurso de una “esencia” de chilenidad, también estaba la retórica nacionalista de las autoridades y los esfuerzos de éstas por encontrar las raíces de nuestra identidad. Alessandri, ya había dado un paso importante fortaleciendo el espíritu nacionalista en la educación, instaurando el 21 de mayo y el sacrificio del capitán Arturo Prat como día de conmemoración pública.

Ibáñez también tuvo un discurso nacionalista, principalmente en la industria. Sin embargo, los intelectuales no se mantuvieron al margen de esta discusión.

A partir de las reflexiones raciales como las de Nicolás Palacios a principios del siglo XX, quien aseguraba que nuestra raza era privilegiada por la mezcla de españoles de origen godo y los valientes mapuches, Joaquín Edwards Bello alzó la voz. Para este

⁵³ Santa Cruz, Eduardo y Santa Cruz, Luis Eduardo, Op.Cit. P. 17

autor, Palacios se habría basado en el mito fundacional de “La Araucana”, sin bases históricas.

Según señala Stefan Rinke, para Edwards Bello “no había homogeneidad en la raza chilena y (...) los supuestamente superiores araucanos ni siquiera habían dejado la edad de la piedra en el año 1500”⁵⁴.

Tiene razón Rinke en que Edwards Bello siempre recalcó la heterogeneidad de nuestra población. Por ejemplo, en la crónica “Cómo se escribe un cuento” lo deja bastante en claro:

*“...hay en cada país miles de caracteres disímiles, aunque no pierden ciertas características raciales. Así por ejemplo, un santiaguino rico y jubilado es diferente de un huaso de Quivolgo pero ambos son chilenos. Este país es muy extendido como de París a Brazzaville, en el Congo, de manera que no se podría hablar de una raza determinada ni de un carácter chileno.”*⁵⁵

Como se ve, el autor de “El Inútil” siempre manifestó que, a pesar de sus diferencias, tan chileno era un hijo de ingleses de la clase alta de la sociedad como un trabajador del campo o un indígena mapuche. Cada uno de ellos, tendría, a su modo, su forma de “chilenidad”.

Según Edwards Bello, entre otros autores, las múltiples mezclas raciales en Chile habían llevado a la imitación, el eclecticismo y la hibridación. Podemos

⁵⁴ Rinke, Stefan, Op.Cit. P. 122

⁵⁵ Edwards Bello, Joaquín, “Cómo se escribe un cuento”, en *Nuevas Crónicas*. OpCit. P. 178

preguntarnos entonces, ¿existe para Edwards Bello una identidad chilena? Si es así, ¿cuál sería ésta? En los siguientes análisis, se intentará contestar a estas interrogantes.

V. ANÁLISIS DE LAS CRÓNICAS DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Sin duda que se pueden encontrar muchas características de los chilenos o la chilenidad en las crónicas de Joaquín Edwards Bello, pues nuestro país y sus habitantes fue uno de sus temas favoritos al momento de escribir. Sin embargo, esta memoria se concentrará específicamente en ciertos tópicos que, a juicio de la autora, son los más recurrentes y de mayor relevancia.

Por una parte, no será una sorpresa que muchos de estos elementos ya hayan sido analizados por autores ya citados como Larraín u otros estudios relativos a la obra de Joaquín Edwards Bello en particular. Estas coincidencias serán consignadas en el análisis, sin marginar las conclusiones propias de la autora.

Por otra parte, y como ya se ha dicho, para Edwards Bello hay características que son más ajustadas a un grupo social que a otros, pero eso será claramente explicitado para no conducir a errores.

El listado total de las crónicas analizadas está incluido en los anexos de este trabajo.

Gabriela Mistral dice en el prólogo de “Nacionalismo Continental” que “hijo más reprendedor de su padre no le nació a nuestro viejo Chile”⁵⁶. La poetisa tenía bastante razón, pues la gran mayoría de las características de la identidad chilena que a continuación serán analizados, son defectos.

Además de las crónicas, que fueron revisadas en distintas compilaciones, consideré el “Nacionalismo Continental” porque entrega una visión más completa de la opinión de Edwards Bello de los chilenos y latinos en general. Como dice Francisco

⁵⁶ Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo Continental*. Santiago, Zig-Zag, 1968 (prólogo).

Javier Campos en su tesis sobre el cronista nacional, esta obra “hurga en el sentimiento anticiollo. Compara con lo sajón. Se aleja de la crónica y se acerca al ensayo (...) Se aparta de la línea estilística del autor, haciéndonos ver un Edwards científico y nada superficial”⁵⁷.

Los tópicos más importantes considerados por la autora de esta memoria, cuantitativa y cualitativamente hablando, serán agrupados en nueve categorías:

a) Falta de patriotismo, imitación de otras culturas e importancia de los apellidos.

b) Política corrupta, clientelismo, demagogia y “presidentofagia”.

c) Destrucción y demolición.

d) Envidia, construcción de mitos y fracaso.

e) Culto a las apariencias, miedo al ridículo y consumismo.

f) Conservadurismo, catolicismo, tradicionalismo y militarismo.

g) Los vicios

⁵⁷ Campos, Francisco Javier, *El carácter y la tipología criolla presentes en la obra periodística de Joaquín Edwards Bello*. Tesis para optar al título de periodista, Escuela de Periodismo, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1977.

h) Educación deficiente

i) Sometimiento de la clase baja

a) Falta de patriotismo, imitación de otras culturas e importancia de los apellidos

Respecto a este tópico, que engloba tres características que Joaquín Edwards Bello reconoce en la identidad chilena, es preciso señalar que son atributos propios de las clases más altas de la sociedad chilena de la época. En esta crítica se acerca a la versión identitaria defensora de las clases populares, que menciona Larraín. De hecho, el escritor expone no pocas veces en sus crónicas que la clase popular es bastante patriota y guarda un gran apego a las raíces culturales o a lo que comúnmente se denomina chilenidad.

Este desapego respecto a Chile se nota, por ejemplo, en la adopción de culturas extranjeras. Como ya se ha visto en esta memoria, las elites chilenas procuraron imitar en todo a sociedades más modernas como la inglesa, la francesa y, posteriormente, la estadounidense (en especial luego de la irrupción de los medios de comunicación más masivamente y la industria del cine).

Según el autor de “El Roto”, antes de la Primera Guerra Mundial, la imitación se refería principalmente a lo inglés, según consta en la crónica “Anglómanos del tiempo antiguo”. Esto no sólo era una característica de la clase alta chilena, sino de la latinoamericana en general. Había que vestirse y tener modales de *gentleman*, así como adoptar la seriedad de los británicos.

“Nuestra América ha tenido invariablemente la actitud de sometimiento ciego y servil a todo lo europeo”⁵⁸, dice Joaquín Edwards Bello en su “Nacionalismo continental” y eso se refiere tanto a las modas como por la dependencia económica

⁵⁸ Edwards Bello, Joaquín, Op. Cit. P. 26.

respecto a potencias como Inglaterra y Estados Unidos. Había más patriotismo en 1810 que en el siglo XX⁵⁹. La autonomía lograda en el siglo XIX, para el autor de “El inútil”, habría sido sólo política. Edwards Bello añade:

*“La decadencia del patriotismo es otra prueba de que el movimiento de emancipación fue incapaz de crear algo tan digno de ser amado como fue la América española, una e indivisa: una lengua, una moneda fija, una inspiración.”*⁶⁰

Los chilenos que tenían el dinero suficiente para viajar a Europa, lo hacían sin dudar y, según Edwards Bello, en el viejo continente no hallaban nada mejor que criticar ácidamente a su patria de origen. Algunos ejemplos:

*“...nosotros, en cuanto podemos arrancar de la tierra, lo hacemos con enorme placer y encontramos nueva patria en cualquiera parte.”*⁶¹

*“Estos desarraigados se reunían por las tardes en casa del decano de la Colonia para hablar mal de Chile, comentar las noticias de Le Figaro y lamentar la caída del peso.”*⁶²

El cronista resalta, por oposición, a los alemanes, italianos y europeos en general que, habiendo migrado de sus tierras, conservan en América sus tradiciones y el contacto con la madre patria.

⁵⁹ Ibidem. P. 69

⁶⁰ Ibidem. P. 72

⁶¹ Edwards, Bello Joaquín, “Los ex chilenos”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 81

⁶² Edwards Bello, Joaquín, “Canciones parisienses”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 96

Edwards Bello relaciona este fenómeno de antipatriotismo con el culto de los chilenos al fracaso y la tendencia a empequeñecerse frente a culturas más avanzadas. Algo que nos diferencia incluso de otros latinoamericanos, como los argentinos. Dice el cronista:

*“El chileno se dobla, se empequeñece, desacredita sutilmente a sus compatriotas y a su género de vida, echando a broma y juego su actualidad nacional en un alarde de fantasía deletérea. El acto se sustantiva como gracia: ‘apequeñarse’, esto es, achicarse y, en suma, volverse pueril.”*⁶³

Este desprecio por lo chileno también se notaba en la preferencia por leer autores extranjeros. Algo que, por lo demás, era un símbolo de status social:

*“Estas costumbres (...) engendraron aquél género de desprecio por lo nacional que hizo decir a un señor: ‘No leo autores chilenos. Cuando en un escrito hay un señor que pasa por la calle Huérfanos, cierro el libro y lo meto en el cementerio de la biblioteca’”.*⁶⁴

Sin embargo, Edwards Bello advierte que, a su vez, la literatura y el arte nacional (aunque extensivo al resto del continente) son también imitación. En el ensayo “Nacionalismo continental” se puede leer:

“Estamos de acuerdo con los viajeros observadores cuando llegan de Europa y nos dicen que el arte iberoamericano, sin raíces en

⁶³ Edwards Bello, Joaquín, “La amansadora”, en *La deschilenización de Chile*. Santiago, Aconcagua, 1977. P. 158.

las modalidades nacionales, carece de interés en ese continente, por cuanto es opaco reflejo del arte de ellos.”⁶⁵

El cronista chileno da cuenta además de la importancia que se le da en Chile a los apellidos, donde por supuesto tendrían más valor los de origen extranjero.

Edwards Bello incluso reconoce que a él mismo le pasó. En su crónica “El señor Cousiño” da cuenta de cómo esperaba encontrar en su casa a un hombre aristócrata cuando un tal señor Cousiño fue anunciado. Según el cronista, “...en Chile el apellido Cousiño trae sonoridades de fábula. Millones en minas y en palacios sorprendentes”⁶⁶. Finalmente, no se trataba de un gran señor, sino de un tenor del antiguo Teatro Odeón de su infancia que ahora se dedicaba a vender seguros.

Joaquín Edwards Bello afirmaba que la diferenciación por apellidos era notoria incluso en el juego: “Fernando (*crupiere*) respetaba a los jugadores con apellidos aristocráticos. Si discutían entre ellos, les daba la razón a todos.”⁶⁷

Por la gran importancia que, según Edwards Bello, los chilenos dan a los apellidos, no sería de extrañar que muchas personas mientan sobre sus orígenes. Esta sería una de las aristas de la famosa mitomanía chilena:

*“En esta tierra las mentiras o mitos más corrientes se refieren al origen de las familia, a las relaciones que tuvieron en Europa y cosas por el estilo.”*⁶⁸

⁶⁴ Edwards Bello, Joaquín, “Caballeros, caballos, carruajes”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 104.

⁶⁵ Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo continental*, Op. Cit. P. 25.

⁶⁶ Edwards Bello, Joaquín, “El señor Cousiño”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 137

⁶⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Un garito en 1910”, en *Crónicas del Centenario*. Op.Cit. P. 168.

⁶⁸ Edwards Bello, Joaquín, “Mentirosos y mitómanos”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 268.

Esto lo llevaba a admirar al pintor, también porteño, Camilo Mori, quien no cayó en ese juego para ganar fama: “Otro que no fuera él ya se estaría poniendo ‘de Mori’, por lo menos, y se diría pariente de los Doria, de los Farnesio y de Cristóbal Colón.”⁶⁹

Además, encontraba sin sentido las discusiones que se generaban entre descendientes de españoles vascos, castellanos y extremeños, por cuanto los tres son, a fin de cuentas, chilenos:

“Después de la tercera generación no conservamos de la península ibérica otra cosa que el idioma, la soberbia y el catolicismo bastante diluido.”⁷⁰

El hecho de reverenciar lo europeo estaba aparejado con el desprecio a lo típicamente chileno y, dentro de ello, también estaba el pueblo, de raíces indígenas y apariencia morena. Sin embargo, esto será tratado con mayor profundidad en el último tópico de éste análisis.

La imitación del primer mundo era palpable en todo ámbito, incluso en el simple hecho de poner nieve en los árboles de Navidad, sin asumir que en esa fecha nuestro hemisferio está en pleno verano⁷¹.

También esta característica está presente en la arquitectura y la política. Las casas, trataban de parecerse a las del viejo continente pero fallaban en su esfuerzo: “Las

⁶⁹ Edwards Bello, Joaquín, “Encantos del Puerto”, en *Valparaíso y otros lugares*. Santiago, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1974. P.44

⁷⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Vascos y ejecutorias de nobleza”, en *Mitópolis*. Santiago, Nascimento, 1973. P. 64.

⁷¹ Edwards Bello, Joaquín, “Navidad santiaguina”, en *La deschilenización de Chile*. Op. Cit. P. 190

fortunas y las residencias de los millonarios de Santiago son mediocres. Son como malas imitaciones.”⁷²

Respecto a la política, a los 72 años el escritor chileno se lamentaba con evidente decepción:

*“La vida misma, con su pretensión de cultura, se ha revelado hipócrita, falsa, miserable. Todo es barrito, tabiquero e imitación. Los políticos respetables son mediocres adaptadores. La vida pública, una parodia vulgarísima.”*⁷³

La política. Otro de los temas favoritos de Joaquín Edwards Bello y que será desarrollado a continuación.

b) Política corrupta, clientelismo, demagogia y “presidentofagia”

Joaquín Edwards Bello se declaraba constantemente apolítico y de hecho aseguraba que no votó desde 1920. Criticaba la política de partidos y las subdivisiones de estos en numerosas agrupaciones⁷⁴. Además, según Alfonso Calderón⁷⁵, el cronista “no creía en el sufragio universal. Dijo una vez, ‘no me parece digno de recibir mi voto un país en el cual mi sufragio vale lo mismo que el de un cogotero del callejón El Guanaco’, que queda camino a Valparaíso.”⁷⁶

⁷² Edwards Bello, Joaquín, “Pobres y ricos”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 156

⁷³ Edwards Bello, Joaquín, “72 septiembres”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 165

⁷⁴ Por decir un ejemplo, en las parlamentarias de 1949 se presentaron 20 agrupaciones políticas según Correa, Sofía et alia, Op.Cit. P.189.

⁷⁵ Escritor chileno, Premio Nacional de Literatura en 1998. Es el más destacado editor y ordenador de las crónicas de Joaquín Edwards Bello, a quien conoció personalmente.

Esto no quería decir que no le preocuparan los problemas sociales, sino que no adhería a ningún partido y se quejaba muy a menudo de la corrupción gubernamental. En su crónica “Domingo Melfi” de 1946 declaraba:

“...yo no creo que podamos conseguir la salud por la política ni por las leyes. Ni creo en sistemas de Gobierno. El exceso de reformas sociales de toda descripción y la nulidad de los resultados obtenidos me convirtieron en un escéptico.”⁷⁷

Los jefes de Gobierno, según Edwards Bello, no gobernaban para el pueblo chileno sino que velaban por el beneficio de unos pocos:

“Nuestros Presidentes traen riqueza efectiva para un número reducido de partidarios, de leales, de amigos y de parientes. La riqueza de esos pocos aumenta la pobreza general.”⁷⁸

¿Cómo estar entre los pocos beneficiados por la política nacional? El Premio Nacional de Periodismo de 1955 nos indica algunas de las no muy lícitas artimañas para conseguirlo:

“A los que conocemos el valor que en Santiago tienen las zalemas, las amistades y las palmaditas en la espalda, todo eso nos deja fríos (...) De procedimientos así no puede salir otra cosa que anarquía, complicidad general y cobardía colectiva. Está bien la cosa entre señoras, no lo niego, ¡pero entre políticos y funcionarios!”⁷⁹

⁷⁶ Entrevista a Alfonso Calderón realizada el 30 de julio de 2007 en la Biblioteca Nacional.

⁷⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Domingo Melfi”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 214.

⁷⁸ Edwards Bello, Joaquín, “El problema permanente”, en *Crónicas*. Santiago, Zig-Zag, 1964. P.170.

⁷⁹ Edwards Bello, Joaquín, “¿Cómo se lo consiguió?”, en *Ibidem*. P.186

El clientelismo en la política tiene, a juicio de Edwards Bello una gran víctima: el país. Por eso exclama:

“¿En otros países entienden de agua y de moneda los gobernantes? ¡Claro que sí! Por lo menos se cuidan de mantener expertos en los diversos servicios y no compinches electorales.”⁸⁰

En este diagnóstico, Edwards Bello coincide con uno los rasgos que Jorge Larraín hace de la identidad chilena de principios del siglo XXI. Las redes clientelísticas o personalistas de amigos y partidarios siguen siendo muy comunes según este autor, quien ve a este problema como un efecto del surgimiento del populismo en las primeras décadas del siglo XX y la ampliación de la participación política en un contexto económico preindustrial.⁸¹

Para Sofía Correa et alia, el clientelismo estuvo ligada históricamente al reducido universo electoral, incluso en la década de 1940:

“En un universo electoral tan reducido, no era difícil implementar mecanismos de control sobre el sufragio. El clientelismo resultaba gravitante al momento de definir las preferencias electorales (...) Por otra parte, el cohecho, o compra de votos, era una práctica que ejercían en las ciudades, tanto gobernistas como opositores, según consta en los informes diplomáticos del período.”⁸²

⁸⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Aguantaderas nacionales”, en *La deschilenización de Chile*. Op.Cit. P. 78.

⁸¹ Larraín, Jorge, Op.Cit. P. 215

⁸² Correa, Sofía et alia, Op.Cit. P.134

Los autores añaden que, además, en el campo era muy común que el inquilino votara por el candidato de la preferencia del patrón, quien lo recompensaba después de su sufragio.

Estas situaciones se unen a la reiterada ilusión de los chilenos de haber encontrado, por fin, un genio político que sea capaz de resolver los problemas más importantes del país:

“El deseo del público de que haya un genio y su orgullo por haberlo descubierto y exaltado engendran en el político el deseo de lucirse y de justificar el anhelo de su clientela electoral. Estos políticos son los responsables de no pocas catástrofes en sus diversos turnos (...) El campo de la política se divorcia del país y se convierte en un ring para ver cuál de los políticos es más fuerte.”⁸³

La demagogia se convirtió, en el juicio pesimista de Edwards Bello, en la herramienta más poderosa para vencer en las elecciones:

“Ya nadie cree en el poder mágico de las elecciones políticas. Y no olvidemos que para ser Presidente en el estado actual de amoralidad general, el primer paso consiste en hacer pacto con el diablo, esto es, con la más primitiva y repugnante demagogia.”⁸⁴

Los pocos Presidentes que actuaron con honradez, fueron criticados. Es el caso de Arturo Alessandri o Pedro Montt. Respecto a este último dice Edwards Bello:

⁸³ Edwards Bello, Joaquín, “El mito en la política”, en *Mitópolis*. Op.Cit. P. 28

⁸⁴ Edwards Bello, Joaquín, “El problema permanente”, en *Crónicas*. Op.Cit. P. 172

*“...creía en las teorías esenciales de la economía, como ser gastar la mitad de lo que se gana. Esto parece perogrullada, como el principio de la oferta y de la demanda. En Chile, estos principios han sido combatidos por los financieros mentirosos, los especuladores y los políticos electoreros y demagogos.”*⁸⁵

Para Calderón, Edwards Bello tenía una visión negativa de la política “porque ésta se mueve en un mundo en el cual existe lo dicho y lo no dicho. Lo que se dice no es lo que se hace, lo que se promete no es lo que se cumple (...) Además hay algo que le molestaba mucho a él que era lo que denominaba la “chuña fiscal”, es decir, botar los fondos públicos”.⁸⁶

Un ejemplo de esto sería la diplomacia, uno de los temas favoritos de Edwards Bello en sus crónicas.

A propósito del envío de una comisión numerosa a Brasil, el escritor nacional llamaba en su crónica “Paseos Fiscales” a no culpar al Gobierno, pues “se trata de un vicio nacional”⁸⁷. Joaquín Edwards Bello viajó en 1925 a Ginebra, “por primera y única vez con dinero fiscal” y aseguró nunca haber sido más rico que en ese entonces.⁸⁸

Para el escritor, la diplomacia y las comisiones enviadas con dineros del Estado no son más que una muestra del clientelismo existente en nuestro país:

*“...sostengo que las delegaciones, o comisiones numerosas, son pretextos para hacer pasear y entregar dinero a amigos políticos o a enemigos.”*⁸⁹

⁸⁵ Edwards Bello, Joaquín, “Mala suerte presidencial”, en *Crónicas del Centenario*. Op.Cit. P. 153

⁸⁶ Entrevista a Alfonso Calderón, Op.Cit.

⁸⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Paseos Fiscales”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 27

⁸⁸ *Ibidem*.

⁸⁹ *Ibidem*. P. 29

Según Edwards Bello, los chilenos somos “presidentófagos”. Al respecto comenta Alfonso Calderón que “al comienzo, literalmente: Pedro de Valdivia. Con posterioridad, de modo simbólico. El chileno es un pueblo mesiánico, espera del gobernante la solución de todo lo que a él le resulte un problema.”⁹⁰

El ejemplo clásico que Edwards Bello da de “presidentofagia” es la caída del Presidente José Manuel Balmaceda (1891), donde se manifiesta, además, la rapidez con que la gente cambia de bando:

“El jolgorio y el día de fiesta imprevisto provenían de la caída de un Presidente, también imprevisto, y que había aceptado el cargo después de una serie de vergonzosos trastornos gubernamentales, solamente para satisfacer a un grupo de personas, en primer lugar damas.”⁹¹”

La muerte por enfermedad, según Edwards Bello, salvó al Presidente Pedro Aguirre Cerda de un destino similar: “Si no se muere lo destruyen. No lo hacen mito. Ya le estaban aserruchando el piso. Le buscaban un reemplazante. Otro mesías.”⁹²

Una de las razones de este extraño fenómeno nacional, sería nuestra natural inclinación a destruir: “Ningún Presidente se libró de una fatalidad nacional inherente al origen: el espíritu de destrucción”⁹³.

⁹⁰ Edwards Bello, Joaquín, *Memorias*. Op.Cit. (prólogo).

⁹¹ Edwards Bello, Joaquín, “Suicidio de Balmaceda”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 233

⁹² Calderón, Alfonso, *Joaquín Edwards Bello, ocho conversaciones*. En Revista Atenea n°419, enero-marzo 1968. P. 18

c) Destrucción y demolición

El espíritu de destrucción de los chilenos se refleja, según Edwards Bello, en un sinnúmero de cosas. Por ejemplo,

“...se manifiesta incesantemente en el niño que arroja un guijarro al automóvil, en el resentido que destroza el sillón del trolebús, en el miserable que pone fuego a la correspondencia del buzón y, finalmente, en el ataque permanente y masivo a todo cuanto se eleva o ‘se va por la loma.’”⁹⁴

Pero partamos por lo material. Joaquín Edwards Bello se queja de los incesantes cambios que atestigua en las ciudades chilenas. El Chile que conoció en sus primeros años, antes del cambio de siglo, era muy diferente al de 1968, año de su muerte.

Y es que según el escritor, “la vida consiste en hacer y deshacer” y “no hay quien nos iguale para demoler”⁹⁵.

Los chilenos estamos ávidos de lo nuevo, por ello, no nos importa derribar lo antiguo:

“Es el país de las novedades, de lo nuevo. Todo el mundo espera novedades. Lo viejo cansa (...) De pronto demuelen un edificio viejo. ¿Qué van a poner en vez del edificio viejo? Nubes de polvo; obreros por docenas, demolición.”⁹⁶

⁹³ Edwards Bello, Joaquín, “Presidencia de Riesco”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 199

⁹⁴ Ibidem.

⁹⁵ Edwards Bello, Joaquín, “El tiempo de Gath y Chaves”, en Ibidem. P. 148

⁹⁶ Edwards Bello, Joaquín, “El centro”, en Ibidem. P.129

Entre otros, el progreso se llevó al Hotel Oddó y al antiguo edificio de “Gath y Chaves”, una joya arquitectónica, a juicio de Edwards Bello, para construir uno nuevo. Al respecto escribía en 1959:

*“Es imposible soñar con algo parecido ahora. Lo hicimos y lo destruimos como el Puente de Cal y Canto. El deleite de cambiar. Lo nuevo excita el ánimo.”*⁹⁷

El Puente de Cal y Canto (1779-1888) fue ciertamente una de las obras cuya desaparición Joaquín Edwards Bello más lamentó. Al respecto escribió:

*“Con todo el progreso material de ahora, con enormes grúas y palas mecánicas, con hierro y cemento, podemos levantar buenos edificios, pero nunca lograremos repetir otro puente parecido a aquél que dio señorío al escuálido Mapocho.”*⁹⁸

El problema, según el cronista chileno, no es el hecho de demoler, sino que muchas veces se hace de forma irracional sin medir las consecuencias. Dice en la crónica “La alegría de las demoliciones”: “Demolemos demasiado, sin considerar el gasto ni el trastorno, sino el negocio del momento”.⁹⁹ Y no sólo eso, sino que tampoco tenemos consideración estética alguna:

*“Podría servirme de un mosaico de recortes de diarios para demostrar este afán de destrucción y de fealdad. Toda destrucción es fea, es un atentado contra la belleza.”*¹⁰⁰

⁹⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Navidad 1909-1959”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 102

⁹⁸ Edwards Bello, Joaquín, “Estatuas de conquistadores y otras”, en *Mitópolis*. Op.Cit. P. 50

⁹⁹ Edwards Bello, Joaquín, “La alegría de las demoliciones”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 131

¹⁰⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Un antiguo deseo de destruir”, en *La deschilenización de Chile*. Op. Cit. P. 209

Para Joaquín Edwards Bello todos estos cambios en las ciudades producían, a su vez, cambios en las personas. Su visión a futuro, es más bien pesimista. Un par de ejemplos:

“En el gran Santiago que brota de las ruinas del viejo no se podrán cultivar las amistades (...) La ciudad, con su extensión y sus costumbres, mata las amistades, y a veces a la familia. La ternura que ataba a los miembros de las familias numerosas se entibia y finalmente se hiela.”¹⁰¹

“Algunas veces encuentro por ahí a la hoy María Hübner de Ugarte en una de estas calles revueltas por las demoliciones, con gentes nuevas y hostiles...”¹⁰²

Otra manifestación del ansia de cambio es la multitud de remates que Edwards Bello presencié durante su tiempo: “El remate es la fiesta nacional por el derrumbe y el cambio. Es además un desahogo de la curiosidad y la envidia”¹⁰³.

A pesar de estos aspectos negativos del progreso, no cabe duda que lo que más preocupaba a Edwards Bello era que el supuesto afán de destrucción de los chilenos no sólo se refería a lo material, sino también a la honra de las personas.

¹⁰¹ Edwards Bello, Joaquín, “Las amistades se van”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 158

¹⁰² Edwards Bello, Joaquín, “Sara Hübner y Juan Ramón Jiménez”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 90

d) Envidia, construcción de mitos y fracaso

Éste tópico es, a juicio de la autora de esta memoria, el más importante y recurrente en las crónicas de Joaquín Edwards Bello. Las citas son numerosas, algunas se repiten en distintos textos, en épocas diferentes. Aquí vemos que el autor no duda en ampliar una característica psicológica individual a un grupo humano, los chilenos.

Como ya fue mencionado, el chileno tendría un espíritu demoledor. Pero el cronista no sólo se refería a los edificios y bienes tangibles:

“La cuestión es destruir o limar. Cuando no con las manos, con las lenguas. Las lenguas son limas o lija. Pretenden poner liso cuanto tocan. Liman o rebajan todas las aristas salientes o eminencias. Buscan sentirse más confortables entre mediocridades, o personas limadas, romas como ellos.”¹⁰⁴

Ésta es una de las características “del chileno” que más indignaba a Edwards Bello. Un sentimiento que es fácilmente perceptible en muchísimas citas. Algunos ejemplos:

“El chileno se desprecia así mismo y por consiguiente le basta decir ‘lo conozco’ para indicar un juicio despreciativo. El verdadero chileno carece de la virtud de admirar a otro y si encuentra algo admirable, en producciones de arte o ciencia, procura imitarlos y superarlos.”¹⁰⁵

¹⁰³ Edwards Bello, Joaquín, “Gran remate en Viña del Mar”, en *Valparaíso y otros lugares*. Op. Cit. P. 147

¹⁰⁴ Edwards Bello, Joaquín, “Un antiguo deseo de destruir”, en *La deschilenización de Chile*. Op.Cit. P. 211

¹⁰⁵ Edwards Bello, Joaquín, “Aquí todos nos conocemos”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 175

“El chileno muestra una tendencia retrógrada que le manda odiar al hombre que prospera o triunfa, siendo así que debiera creer, para su bien, en lo providencial. No es noble negar la mano invisible que coloca a cada cual en el puesto que reclama y que merece.”¹⁰⁶

“El chileno carece de la virtud de distinguir lo óptimo de lo malo, lo grande de lo deleznable. Es su fatalidad. De tanto codearse con lo superior, de tanto ver y de tanto convivir con las creaciones óptimas que Dios le dio, termina por menospreciarlas y se arrastra hasta el crimen para destruirlas. Le agrada lo mediocre, lo inofensivo y débil: lo diminuto.”¹⁰⁷

“El chileno, justo es reconocerlo, está dotado de un empaque especial, que si no es distinción todavía, proviene de la tendencia al lenguaje desbaratado, el chiste cínico y la alusión malévola.”¹⁰⁸

Aunque a veces también hace uso del humor y la ironía para referirse a este gran defecto nacional:

“En nuestro Jardín Zoológico hay muchas especies de la fauna americana, pero no he visto al chacal de la calle Huérfanos, al rajador chilensis con sombrero Rosenblitt y reloj de pulsera.”

¹⁰⁶ Edwards Bello, Joaquín, “Zapatitos de septiembre”, en *Ibidem*. P. 162

¹⁰⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Suicidio de Balmaceda”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 235

¹⁰⁸ Edwards Bello, Joaquín, “Club de la Unión, motivo político”, en *Crónicas del Centenario*. Op.Cit. P.

La principal consecuencia de la envidia de los chilenos sería la construcción de mitos, en especial aquéllos más venenosos que puedan hacer sucumbir a quien destaca. Se trata de “la manía nacional o mitomanía”¹⁰⁹. Alfonso Calderón alaba a Edwards Bello por ser “el primero que da el gran campanazo al revelar cómo nos inventamos los cuentos y después los creemos.”¹¹⁰

Ejemplos de ello vuelven a ser numerosos:

“Nos agrada vivir adormecidos en mentiras halagueñas, ponderativas para los pobres inofensivos o denigrantes para los poderosos.”¹¹¹

El mismo Edwards Bello, dice haber sido víctima de ellos:

“Hice El Inútil sin consultar a nadie, con la ortografía de Bello, en uso oficial. No obstante, la mala gente se entretuvo elaborando mitos ofensivos, o canallescos. Me negaban o apocaban a su gusto. No me concedían calidad de escritor. ¡Pero me leían!”¹¹²

Una de las razones para la construcción de mitos, sería la juventud de nuestro pueblo. Por eso la mitomanía sería común a los latinoamericanos. “El mito es un fruto de la infancia de los pueblos. Una compensación”¹¹³, afirmaba el cronista chileno.

Otro de los motivos para atacar la honra de quienes son exitosos sería, según Edwards Bello, nuestro culto al fracaso. Según el escritor porteño hubiéramos sido

¹⁰⁹ Edwards Bello, Joaquín, “El mito de Federico Santa María”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 87.

¹¹⁰ Entrevista a Alfonso Calderón, Op.Cit.

¹¹¹ Edwards Bello, Joaquín, “¿Es un genio Jorge Cuevas?”, en *Crónicas*. Op.Cit. P. 52

¹¹² Edwards Bello, Joaquín, “Claudio de Alas”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 58

¹¹³ Edwards Bello, Joaquín, “Mitomanía”, en *Mitópolis*. Op.Cit. P.15

potencia americana, sino fuera por nuestro derrotismo y antipatriotismo. Somos una gran nación frustrada¹¹⁴.

Nosotros mismos nos empequeñecemos. “Nos reímos de nosotros mismos. No nos concedemos importancia”¹¹⁵. No somos ambiciosos y por esa razón, no nos gusta que alguien más sobresalga. Algo que su familia, habría vivido en carne propia:

“Confieso que nunca creí en la superioridad de unos apellidos sobre otros. Lo que pasa con el apellido Edwards es que tuvo un sonido especial de oro, de éxito, lo cual parece pecado en estas tierras con imponentes masas de fracasados.”¹¹⁶

Por esta razón, según el escritor, se generaban tantos mitos en contra de los Edwards, en distintas generaciones. El cronista, a pesar de su alejamiento de los miembros del clan, no dudaba en defenderlos. De hecho, Joaquín Edwards Bello quería ser recordado como un destructor de mitos y en muchas de sus crónicas se dedicó a desmentir algunos de los más famosos¹¹⁷.

Alfonso Calderón rescata la crónica “Napoleón en Chile”¹¹⁸ como ejemplo de los mitos construidos por los chilenos: “Tenemos una manía historicista que nos lleva a concebir que hemos tenido los más grandes genios de la tierra en comparación con otros lugares. Este artículo, muy notable, es el modelo mayor de la mitomanía. ¿Qué haría Napoleón acá?”¹¹⁹

¹¹⁴ Edwards Bello, Joaquín, “¿Pudo ser Chile una potencia americana?”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit.

¹¹⁵ Edwards Bello, Joaquín, “La tragedia chilena”, en *Crónicas*. Op.Cit. P. 65

¹¹⁶ Edwards Bello, Joaquín, “Los primeros Edwards en Chile”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 23

¹¹⁷ Ejemplos: “Mitos persistentes”, “El mito de Manuel Rodríguez y la batalla de Maipo”, ambos en Edwards Bello, Joaquín, *Mitópolis*. Op.Cit.

¹¹⁸ Incluida en *Ibidem*.

¹¹⁹ Entrevista a Alfonso Calderón, Op.Cit.

Otra de las razones de la envidia y el apocamiento podría ser, según Edwards Bello, las constantes migraciones extranjeras a tierras chilenas:

“El chileno concibe raras veces el lucimiento propio de sí mismo, sino el que proviene de una ventaja sobre otro. Debe tratarse de un concepto deportista de la vida. A veces he creído que la costumbre de triunfar, desplazando y hundiendo a otro, proviene de que en nuestro país la masa humana que llega de Europa desplaza casi siempre a las que llegaron antes, y así formaron las castas de vencidos y venidos a menos.”¹²⁰

También, este defecto de los chilenos puede estar radicado en el “quintralismo” (de Quintrala). El deseo de aniquilar podría provenir, según Edwards Bello, del amor de la india por el español y, por ende, la inferioridad del indio o mestizo para competir frente al blanco europeo. De ahí saldrían las calumnias, la negación del éxito, los apodosos hirientes, entre otros¹²¹.

Otra versión que el mismo escritor nacional nos aporta para justificar la envidia, proviene del lado contrario, el hispano “Se trata del mayor defecto de los españoles: la envidia al rojo, Chile heredó este vicio y lo multiplicó.”¹²² Calderón se inclina por esta explicación: “Yo creo que la idea del envidia que él menciona proviene de España, de la mano de los conquistadores, tal como la idea del batiburrillo político y de la componenda y todo eso. Joaquín Edwards dice en una parte que el conquistador viene a apertrecharse,

¹²⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Intriga mortífera”, en *La deschilenización de Chile*. Op.Cit. P. 111

¹²¹ Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo Continental*, Op. Cit. P.145

¹²² Edwards Bello, Joaquín, “Mito de la estatua de la justicia en Valparaíso”, en *Mitópolis*. Op.Cit. P.181.

o sea, viene a acumular bienes, posesiones, oro, y busca la excusa de dar nuevas tierras al reino.”¹²³

Finalmente, y casi con afán científico, Joaquín Edwards Bello descubre además que ambos tipos de destrucción, la material y la espiritual, radican en el fenómeno del “invunche”¹²⁴ o niño robado por brujos de raza india y deformado bárbaramente:

*“Me precio de haber sido el precursor chileno en anotar un hecho nacional: el cultivo del fracaso y de la fealdad. La tendencia al fenómeno del invunche: creación araucana de monstruosidad alucinante. Se trata de la forma saliente de demostrar un estado crónico de desolación, de crueldad y de odio.”*¹²⁵

¿Tiene remedio nuestra tendencia al fracaso? Joaquín Edwards Bello parece responder que no, pues la inferioridad individual seguirá permanentemente mientras exista la inferioridad colectiva: “Es la visión del fracaso colectivo, más o menos patente en unos u otros, lo que nos hace pesimistas, laxos, muelles para el esfuerzo.”¹²⁶

Pero en “Nacionalismo continental” Edwards Bello esboza una curiosa solución: “regresar a las virtudes y fuerzas españolas y combatir nuestra crueldad, ocio y crepúsculo del espíritu emprendedor”.¹²⁷

¹²³ Entrevista a Alfonso Calderón, Op.Cit.

¹²⁴ Escribo “invunche” y no “imbunche” aunque aparece escrito de una y otra forma en distintas crónicas. Sin embargo, es el mismo Edwards Bello el que aclara que la verdadera palabra es invunche, en una respuesta a una carta de un lector contenida en *Mitópolis*.

¹²⁵ Edwards Bello, Joaquín, “Filosofía rusticana”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 47

¹²⁶ Edwards Bello Joaquín, *Nacionalismo Continental*, Op.Cit, p.40.

¹²⁷ *Ibidem*. P. 129

e) Culto a las apariencias, miedo al ridículo y consumismo

Ya en 1955 Joaquín Edwards Bello alertaba de la excesiva preocupación por la belleza, en sus crónicas “Cirugía estética” (referida especialmente a la rinoplastia) y “Cremas para el cutis”¹²⁸. En ésta última contaba el afán por lograr el blanqueamiento en países mestizos y teñirse el pelo rubio, mayoritariamente entre las damas.

Para el cronista esto era explicable al remontarse a la época de la conquista:

“Las indias quedaron seducidas por la presencia de los jóvenes barbudos, de miradas centelleantes. Su preferencia por ellos antes que por los indios es un hecho histórico, prolongado en las criollas. Se trata de blanquear y de entrar en el orden europeo.”¹²⁹

La llegada del cine fue otro hito que hizo que las chilenas siguieran al pie de la letra sus modas. Edwards Bello se lamentaba: “...las mujeres creen que a todos los hombres les han de gustar según los cánones de la moda de Hollywood y la *rue de la Paix*. ¡Profundo error!”¹³⁰

El escritor creía que el apego a las modas se debía al eterno miedo al ridículo que padecemos los chilenos:

“La uniformidad en la moda revela uniformidad de cerebros, aburrimiento casero y miedo, sobre todo, miedo. Nuestra sociedad

¹²⁸ Ambas en Edwards Bello Joaquín, *Nuevas Crónicas*. Op.Cit.

¹²⁹ Edwards Bello, Joaquín, “Las mujeres de los conquistadores”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 275

¹³⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Enfermedades de las estrellas”, en *La deschilenización de Chile*. Op.Cit. P.

vive presa del miedo: miedo a ensiuticarse, miedo a perder la línea o la situación.”¹³¹

Sin duda la crónica que mejor refleja la importancia que tienen las apariencias para los chilenos es “El Centro”, referida al corazón de la capital chilena. En ella se revela lo que décadas más tarde afirmará Jorge Larraín, que la identidad implica la existencia de otro. Algunas citas extraídas de dicha crónica:

“Actualmente el centro revela mejor que mil textos de sociólogos e historiadores, la índole femenina de la sociedad chilena: La gente sale al centro para s’afficher, como dicen en Francia.”¹³²

“En Santiago no basta ser algo, ni hacer algo. Es menester divulgarlo.”¹³³

*“Eso es el Centro: la fiesta de lo más fuerte en el criollo: la mirada.”*¹³⁴

Y es que según Edwards Bello la vanidad es un pecado común a todos los criollos. La excesiva preocupación por las apariencias deriva también en demasiada seriedad en nuestro talante.

Otro asunto es el consumismo. Como vimos en un comienzo, Larraín explica que la identidad y nuestro afán de ser reconocido y aceptado por otros, “puede realizarse a

¹³¹ Edwards Bello, Joaquín, “La moda”, en. *Ibidem*. P. 139

¹³² Edwards Bello Joaquín, “El centro”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 128

¹³³ *Ibidem*.

¹³⁴ *Ibidem*.

través de una proyección personal en objetos de consumo que han llegado a constituir símbolos de una comunidad a la que se desea pertenecer”¹³⁵.

Sin duda en la época en que vivió Edwards Bello, el consumo se hacía cada vez mayor, con las ventajas que otorgaba el crédito, pero aún no llegaba a los niveles que se da en las últimas décadas del siglo XX, donde la mediatización cumplió un rol fundamental.

Aún así, el escritor nacional veía el panorama con desolación en 1959:

“La sociedad tomó a mis ojos un aire chabacano de frivolidad.

*Lo más fuerte en ella es el ansia voraz en pos del dinero.”*¹³⁶

*“Todos aspiran a lo principesco. Empleados con sueldos vitales pagan banquetes a 300 pesos el cubierto.”*¹³⁷

De hecho, Edwards Bello se queja de que en Santiago, “nadie guarda dinero”¹³⁸ y “aquí nos acordamos de la austeridad cuando no queda un peso en caja”¹³⁹.

Algo que les puede costar muchos dolores de cabeza a las autoridades de Gobierno, pues “el espíritu económico del más justiciero gobernante se estrellará siempre con el espíritu viajero y derrochador del chileno”¹⁴⁰.

¹³⁵ Larraín, Jorge, Op.Cit. P. 248

¹³⁶ Edwards Bello, Joaquín, “72 septiembres”, en *Memorias*. Op.Cit. P. 165

¹³⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Vanidad”, en *La deschilenización de Chile*. Op.Cit. P. 197

¹³⁸ Edwards Bello, Joaquín, “El tiempo de Gath y Chaves”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P.149

¹³⁹ Edwards Bello Joaquín, “Chile en fuga”, en *Hotel Oddó*. Op.Cit. 1966

¹⁴⁰ Edwards Bello Joaquín, “Pascos Fiscales”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 27

f) Conservadurismo, catolicismo, tradicionalismo y militarismo

Llama la atención que todos estos rasgos, incluyendo también el clientelismo que fue mencionado anteriormente, fueron identificados también por Jorge Larraín en el capítulo siete de su libro citado previamente. Ésta parte se refiere a los rasgos que Larraín observa en la identidad chilena a principios del siglo XXI, por lo que podría inferirse que las características de los chilenos que se reflejan en las crónicas de Edwards Bello, se mantuvieron en el tiempo.

Jorge Larraín habla de un tradicionalismo ideológico, pues en Chile habría mucha disponibilidad para aceptar cambios en materia económica pero no así en otras esferas, como la moral.

Esta situación está vinculada estrechamente con la influencia que ha mantenido en Chile la Iglesia Católica desde la colonia, lo que frenó en muchos períodos de nuestra historia iniciativas legales como el divorcio o la despenalización del adulterio¹⁴¹.

Edwards Bello también fue testigo en su tiempo de esta poderosa influencia del catolicismo:

*“El mayor agente del orden chileno es la Iglesia, la más inteligente y respetable de esta América. La Iglesia, la mujer, el Cuerpo de Bomberos, el Club de La Unión, la Marina, el Ejército, el catolicismo pintoresco del pueblo, en la calle y a caballo, forman el núcleo absorbente, invencible.”*¹⁴²

¹⁴¹ Sobre este tema ver Rinke Stefan, Op. Cit, Pp. 113 y ss.

¹⁴² Edwards Bello, Joaquín, “Pobres y ricos”, en *Crónicas*. Op.Cit. P. 157

A este “núcleo invencible” o “unión mágica” Joaquín Edwards Bello responsabiliza de la caída de Balmaceda.

Cabe mencionar que, si bien creía en la Virgen, en Jesús y se consideraba religioso, Edwards Bello no era católico y tampoco estaba seguro de la existencia de Dios. Sobre éste dice en sus conversaciones con Alfonso Calderón en 1967: “Si existiese, cómo podría ser tan cruel. Debe tener una enorme joroba. Dicen que al que da y quita le sale una corcovita. La de él tiene que ser descomunal. Me dio juventud, alegría, goce de vivir, amor, dinero, talento. Hoy apenas puedo mover mi mano derecha.”¹⁴³

El afán moralista se reflejaba también en detalles que siempre llamaron la atención de Edwards Bello, como sucedió con la estatua de la bailarina estadounidense Isadora Duncan en el Barrio Brasil:

*“La mala suerte siguió a su estatua, aquí, en esta pueblerina Plaza Brasil. Cierta sociedad de carbonarios moralistas puso una bomba en su seno. Bastó para dejarla fuera de toda consideración de estética urbana.”*¹⁴⁴

Sin embargo, el escritor reconocía que existía una apertura, lenta pero progresiva, en cuanto a la libertad de las modas y costumbres:

“En Valparaíso habían quemado la tienda de un catalán que exhibió un busto de mujer con corset. La vista de tiendas como hay

¹⁴³ Calderón, Alfonso, “Joaquín Edwards Bello, ocho conversaciones”. En Revista Atenea n°419, enero-marzo 1968. P. 15

ahora, con sostenes y senos artificiales en bandejas, hubiera provocado una revolución.”¹⁴⁵

No deja de llamar la atención, no obstante, que en el ensayo “Nacionalismo Continental” el propio Edwards Bello tome una postura pro tradición y apego a las virtudes hispanas, lo que le lleva a oponerse a una eventual Ley de divorcio:

*“Mantengo una fe absoluta y de fondo en la tradición chilena de arraigo hispano, a tal punto que, comprendiendo la armazón indiscutible de las leyes favorables al divorcio, soy contrario a ellas. La lógica material está por el divorcio. Prefiero ser ilógico y dejar al matrimonio su sabor divino, arcaico, su carácter de contingencia y de azar humano, como todo lo humano en lo cual podremos perder o ganar”.*¹⁴⁶

Advertía que el afán por obtener una Ley de divorcio provenía de las ansias de imitar, en asuntos de amor y matrimonio, a las estrellas de Hollywood y que el hecho de plagiarlos nos haría decaer como raza¹⁴⁷.

El conservadurismo político también estaba presente según el escritor de Valparaíso, para quien “en Chile, los radicales son católicos (...) Parodiando a Unamuno, hasta los ateos son católicos.”¹⁴⁸

Para Edwards Bello era absolutamente inviable una revolución comunista como la de Fidel Castro en nuestro país:

¹⁴⁴ Edwards Bello, Joaquín, “Barrio Brasil”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 126

¹⁴⁵ Edwards Bello, Joaquín, “El tiempo de Gath y Chaves”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 151

¹⁴⁶ Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo Continental*. Op. Cit. P.133

¹⁴⁷ Ibidem. P.134.

¹⁴⁸ Edwards Bello, Joaquín, “Pobres y ricos”, en *Crónicas*. Op.Cit. P.158

“Estas fuerzas conservadoras irresistibles, de atracción y de absorción, arrollaron a todas las revoluciones populistas, transmutando a los cabecillas en caballeros del Club de La Unión y en businessmen de la calle Ahumada.”¹⁴⁹

En efecto, su muerte en 1968 le impidió ser testigo del ascenso al poder de la Unidad Popular y el Presidente Salvador Allende a la cabeza del Gobierno, a quien sólo conoció como candidato.

También es identificable en las crónicas de Edwards Bello el apego a las tradiciones chilenas. No sólo las religiosas, como la celebración del *Te Deum* cada 18 de septiembre, sino también las que refuerzan la idea de “chilenidad”, como la cueca o la canción nacional. Respecto a ésta última afirma: “Dicen que la compuso Carnicer. Eso sería antes. La Canción Nacional ha sido compuesta por Chile y los chilenos en innumerables dieciochos”¹⁵⁰.

Lo mismo ocurre con las fechas históricas, las que Joaquín Edwards Bello trata de recordar con patriotismo. Sobre el 21 de mayo dijo: “Ese día -digo- se escribió en el mar y en el cielo, el poema de la chilenidad”.¹⁵¹

Algo similar ocurría en las escuelas chilenas en donde, por iniciativas que comenzaron en el primer Gobierno de Alessandri, las fechas nacionales tuvieron mayor protagonismo en clases. Edwards Bello fue testigo de este reforzamiento nacionalista:

“En la escuela pública los niños escriben:

¹⁴⁹ Ibidem. P.157.

¹⁵⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Canción Nacional”, en Ibidem. P.91

¹⁵¹ Edwards Bello, Joaquín, “Chile en mayo de 1879”, en Ibidem. P. 227

*‘El Dieciocho es el día de Chile. Chile es la tierra de los chilenos. Las casas se adornaron con la bandera chilena. ¡Viva el Dieciocho de septiembre! ¡Viva Chile!’*¹⁵²

Punto aparte es el militarismo, pecado común a toda América Latina. Es cierto que nuestra historia ha estado enlazada a las Fuerzas Armadas en muchos momentos pero, para Edwards Bello, eso no implica que gastemos tanto en defensa. En 1956 escribía:

*“Actualmente Chile costea generales y almirantes como para una nación de 80 millones de habitantes. Somos solamente seis. Los hombres mejor educados y más sanos son los militares y los marinos. Así hemos creado un organismo devorador del resto del organismo.”*¹⁵³

Y añade en su crónica “Chile en el Pacífico”:

*“Chile encuentra el pretexto de sus armamentos en su pasado histórico y en los países agresivos que lo rodean. Los generales en el Gobierno son caros y peligrosos, por cuanto sueñas con guerras, con cuarteles modernos y con armamentos”.*¹⁵⁴

El único beneficiado con la agresividad sudamericana, dice el cronista chileno, es Estados Unidos quien encontró un excelente mercado para vender sus armamentos inservibles.

¹⁵² Edwards Bello, Joaquín, “Primavera, sangre altera”, en *Crónicas del Centenario*. Op.Cit. P. 126

¹⁵³ Edwards Bello, Joaquín, “El problema permanente”, en *Crónicas*. Op.Cit. P. 171

g) Los vicios

Joaquín Edwards Bello solía escribir sobre los vicios más comunes entre los chilenos: el juego, el alcohol y la prostitución. Los dos últimos, sin embargo, son atribuidos la mayoría de las veces a la clase baja o trabajadora.

Estas costumbres estaban tan arraigadas en el Chile de principios del siglo XX, que las reformas promovidas en la década del '20 fracasaron por presiones de quienes aseguraban que los cambios iban en contra de las tradiciones del pueblo chileno, en especial los prostíbulos¹⁵⁵.

En el análisis de la novela “El roto” se verá la importancia que estos vicios tenían en la sociedad chilena de la “cuestión social”. Sin embargo, este tema no estuvo ausente en las crónicas de Edwards Bello.

En su crónica “Un garito en 1910” reconocía uno de los lados más positivos de las salas de juego, aunque fuera efímero:

“En las salas de juego existe verdadera democracia cuando se juega. Al terminarse la partida, o al día siguiente, en el centro, termina la igualdad de clases.”¹⁵⁶

El propio Edwards Bello, sin embargo, no tenía vergüenza de reconocer que él mismo era un jugador usual. Respecto al casino afirma: “Si fuera Gobierno lo suprimiría. Como no soy Gobierno, lo aprovecho.”¹⁵⁷ Sin embargo, según él mismo cuenta, repartía muchas veces sus ganancias entre los pobres de la ciudad.

¹⁵⁴ Edwards Bello, Joaquín, “Chile en el Pacífico”, en *Mitópolis*. Op.Cit. P. 116

¹⁵⁵ Rinke, Stefan, Op. Cit.

¹⁵⁶ Edwards Bello, Joaquín, “Un garito en 1910”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 132

¹⁵⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Película Valparaíso”, en *Valparaíso y otros lugares*. Op.Cit. P. 78

En lo que a consumo de alcohol se refiere, Joaquín Edwards Bello parece aceptar que es un vicio generalizado entre la clase trabajadora, al menos escribe opiniones de otros al respecto:

“Hace poco me decía un militar que ha viajado por toda América del Sur:

- El obrero chileno es el que más toma; el que más remuele y come. Cualquier obrero, por desastroso que parezca a la vista, se regala periódicamente panzadas; sabe catar un vino excelente. Carece de control, pero goza la vida a su manera.”¹⁵⁸

El problema, para Edwards Bello, estaría es que nuestro pueblo se va a los extremos:

“Nuestro pueblo desconoce las emociones medidas; o no come o se propina una panzada (...) No bebe absolutamente nada o se embriaga hasta caer al suelo.”¹⁵⁹

La explicación de la tendencia del pueblo chileno al alcohol estaría, según Joaquín Edwards Bello, en nuestras raíces indígenas:

“El alcoholismo no fue un vicio propagado por España, como se cree; está probado que los indios chilenos, mucho antes de la llegada de Almagro, conocían la fermentación del maíz, de otros granos y de la fruta y hacían un licor que bebían con deleite.”¹⁶⁰

¹⁵⁸ Edwards Bello, Joaquín, “Cárceles y conventillos”, en *Crónicas*. Op.Cit. P. 77

¹⁵⁹ Edwards Bello, Joaquín, “Cosas del 91”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 228

Para el autor de “El roto”, los vicios en los que vive la clase popular, le impedirían a ésta que tome el protagonismo en la historia que le pertenece:

“La tragedia puede desatarse ahí donde el bajo pueblo poco podrá perder, porque no tiene hogar ni economías y vive una eterna noche del sábado, un aquelarre de alcohol y lujuria.”¹⁶¹

Pero el consumo de alcohol y de abundante comida no es exclusivo de la clase más baja. Para Edwards Bello, los chilenos ponemos gran esmero en la preparación de banquetes:

“En nuestra tierra podrá fallar la organización del salitre, de las panaderías, de las sociedades mineras; no así la organización de banquetes.”¹⁶²

En otra crónica, el escritor porteño no vacila en afirmar que “somos golosos, no hay duda” y que “la bulimia es parte del fenómeno nacional. No hay control. No conocemos la medida”¹⁶³.

Finalmente respecto a la prostitución, el escritor nacional se opone a su desaparición y otorga una nueva alternativa:

“Desde luego, creo que las prostitutas, esas enfermeras del amor, no deberán ser siniestras ni clandestinas, sino reglamentadas e incorporadas al funcionalismo social.”¹⁶⁴

¹⁶⁰ Edwards Bello, Joaquín, “La verdad sobre los indios”, en *La deschilenización de Chile*. Op.Cit. P. 39

¹⁶¹ Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo continental*, Op. Cit. P. 120

¹⁶² Edwards Bello, Joaquín, “Banquetes y discursos”, en *Hotel Oddó*. Op.Cit. P. 123

¹⁶³ Edwards Bello, Joaquín, “Glotones”, en *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Op.Cit. Pp. 153 - 155.

¹⁶⁴ Edwards Bello, Joaquín, “Cosas del 91”, en *Antología de Familia*. Op.Cit. P. 228

Una idea que, sin duda, nació de la experiencia de Edwards Bello en Europa, específicamente en Francia, donde la prostitución no era un tema tabú como en Chile.

h) Educación deficiente

Joaquín Edwards Bello se queja reiteradamente en sus crónicas del sistema educacional chileno. Una educación autoritaria, como cuenta en la crónica “Niños y tiranos”¹⁶⁵ y que él mismo vivió en carne propia tanto el estudiar en un establecimiento privado, el Colegio Mackay, como en uno fiscal, el Liceo Eduardo de la Barra. Sin embargo, pareciera que fue en este último donde se sintió más incómodo.

El cronista ve en la mala educación chilena la raíz de la gran mayoría de los problemas que ha tenido siempre Chile, incluso nuestro poco talento para los negocios. El extranjero, educado en la práctica comercial, aventajaría por lejos al chileno libresco¹⁶⁶. En otra crónica, el escritor afirma:

*“Ni mi abuelo ni mi padre conocieron los liceos, que han sembrado al país de parásitos y de arribistas, con un dos por mil de personas hábiles.”*¹⁶⁷

La mala educación tendría su origen, en parte, por la escasez de profesores. Según Edwards Bello, en Chile hemos estado empecinados más en el adelanto de las

¹⁶⁵ Edwards Bello, Joaquín, “Niños y tiranos”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit.

¹⁶⁶ Edwards Bello, Joaquín, “Bautismo de sangre en mayo de 1903”, en *Crónicas del Centenario*. Op.Cit. P. 46

¹⁶⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Sencillez deValparaíso”, en *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Op.Cit. P.49

leyes y la generación de abogados por montones que en el desarrollo del espíritu. “Hay más leguleyos y menos educadores”¹⁶⁸, reclama el escritor.

Joaquín Edwards Bello advierte que la memorización no tiene ningún buen fruto, como tampoco la mezcla de materias tan diversas. Recuerda los tiempos de su propia educación, añadiendo una cuota de ironía: “En esos años aprendíamos en el liceo a recitar de memoria las diferentes fases de la digestión del erizo. Seis temas diferentes y mezclados en el mismo día”¹⁶⁹.

El autor de “El Inútil” culpa además a la educación que reciben los chilenos de cortar la inspiración de los jóvenes talentos literarios, como fue el caso del poeta Carlos Pezoa Véliz (1879-1908): “Pezoa, hombre de genio, dotado de espíritu creador, fue a dar de la misma manera en la tumba de las esperanzas, con forma de escritorio, en una sala de incomprensivos alumnos”¹⁷⁰.

Para Edwards Bello “el asunto no consiste en saber demasiado, sino en saberlo sin violencia”¹⁷¹. Además, el autor preferiría una educación práctica, que sea útil en la vida y que no aniquile los talentos, que la excesivamente libresca que le tocó vivir.

¹⁶⁸ Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo Continental*. Op. Cit. P. 135

¹⁶⁹ Edwards Bello, Joaquín, “Bautismo de sangre en mayo de 1903”, en *Crónicas del Centenario*. Op.Cit. P. 46

¹⁷⁰ Edwards Bello, Joaquín, “Bautismo de sangre en mayo de 1903”, en *Crónicas del Centenario*. Op.Cit. P. 46

¹⁷¹ Edwards Bello, Joaquín, “A la escuela”, en *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Op.Cit. P. 157

i) Sometimiento de la clase baja

Que las clases sociales estaban en la época de Edwards Bello absolutamente separadas unas de otras es fácilmente deducible de la lectura de sus crónicas. Distintos sectores de la plaza de armas de las ciudades dependiendo de la clase, cines y teatros claramente diferenciados y la progresiva migración de la clase alta de la capital al barrio alto de Santiago son algunos ejemplos.

Pero eso no es todo. La clase baja, popular, chilena no estaría sólo separada de la clase media y alta, sino que además sometida. Sin embargo, tampoco hacen nada por revertir esa situación pues la aceptan como si fuera culpa del destino.

Edwards Bello se refiere a la teoría de Nicolás Palacios, anteriormente mencionada en esta memoria, diciendo que se equivocó al llamar a nuestra raza “araucano-gótica” pero acertó al conceder a la clase popular de América una misión de mando.

Respecto a la verdadera raza popular chilena, Edwards Bello adscribe más a la teoría de Herman von Keyserling, es decir, una raíz asiática:

“Nuestro pueblo es andino-sísmico, a este lado y al otro de Los Andes. Keyserling vio claramente el parecido entre Chile y Japón. Pero nuestra cultura ha despreciado al fondo popular, y las capas superficiales de europeos destruyen en cada oleada a las capas nacionales, sin permitirles el progreso en su propio juego. De ahí que la masa andino-sísmica viva en perpetua derrota y complejo de

inferioridad, reverenciando al europeo rubio en vez de imitar sus métodos y vencerlo, como hacen los japoneses. Más vale el roto que todo."¹⁷²

Como se advierte en esta crónica, las constantes migraciones de extranjeros que ha recibido Chile serían una de las principales razones del desplazamiento de la clase baja, lo que Edwards Bello no cesa de repetir:

*"La parte popular de Chile, 'los de abajo', diría (Mariano) Azuela, ha sido estrangulada por las inmigraciones sanas y progresistas de vascos, de alemanes, de ingleses, de italianos y de toda suerte de razas más preparadas para desplazar a la gente antigua."*¹⁷³

*"El asunto está en que hemos visto sin reparos la destrucción de la base emocional de nuestra patria: de la gente morena identificada con el paisaje y desmoralizada bajo la ola inmisericorde de sus explotadores dotados de medios irresistibles para arrollar y vencer."*¹⁷⁴

Edwards Bello encuentra inconcebible que, hasta 1920, existiera apoyo fiscal para los explotadores extranjeros de nuestros minerales, quienes se enriquecían a costa de la mano de obra nacional.

¹⁷² Edwards Bello Joaquín, "Pudo ser Chile una potencia americana", en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 62

¹⁷³ Edwards Bello, Joaquín, "México en Chile", en *Crónicas*. Op.Cit. P.123

¹⁷⁴ Edwards Bello, Joaquín, "La deschilenización de Chile", en *La deschilenización de Chile*. Op.Cit. P.

Además, la aristocracia que se formó con las migraciones no sólo se habría desligado de la población original chilena, sino que además se mofaría de ella:

“La casta social que nuestro (Francisco A.) Encina llamó ‘aristocracia vasco-castellana’ se separó de la más antigua casta con sangre india, extremeña y andaluza, en verdad más aristocrática que la nueva. Con un desprecio amable, muy hipócrita, se separó de dicha clase, burlándose de ella mediante apodos y expresiones despreciativas.”¹⁷⁵

El cronista vuelve a coincidir con la opinión de Jorge Larraín sobre la identidad chilena de los primeros años del siglo XXI, en el sentido de que sigue existiendo un racismo. La estratificación social, históricamente ha estado asociada al mayor o menor nivel de blancura de la piel. Mientras más oscura, más baja la clase. Sin embargo, Larraín advierte que “el hecho de que los indígenas son una minoría, los negros están totalmente ausentes y la mayoría mestiza es relativamente homogénea, lleva frecuentemente a una negación del racismo, como si fuera un problema de otros pero no de Chile”.¹⁷⁶

Edwards Bello reconoce que la clase baja tiene virtudes, que se reflejaban incluso en la incomodidad de los conventillos: “En medio de todo se advierte un espíritu fortísimo de solidaridad, un cariño mutuo que tiende a desaparecer en la clase alta.”¹⁷⁷ Solidaridad que también se encontraría en las clases más bajas del Chile de principios del siglo XXI según Larraín. Por ello, Edwards Bello hace un llamado a su integración al resto de la sociedad:

¹⁷⁵ Edwards Bello, Joaquín, “México en Chile”, en *Crónicas*. Op.Cit. P. 123

¹⁷⁶ Larraín, Jorge, Op.Cit, p.232

*“Es preciso que los humildes no parezcan una raza aparte, destinada a la servidumbre; acomodar al bajo pueblo a la vida moderna, por medio de una educación enérgica, venciendo su esquivez natural. Sus buenas cualidades prevalecerán siempre, porque son su esencia.”*¹⁷⁸

Ya analizados todos los tópicos más importantes y recurrentes en las crónicas de Joaquín Edwards Bello, es tiempo de revisar dos de sus novelas: “El Roto” y “La chica del Crillón”.

¹⁷⁷ Edwards Bello, Joaquín, “Cárceles y conventillos”, en *Crónicas*, Op.Cit. p.78.

¹⁷⁸ Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo Continental*. Op.Cit. P.120

VI. ANÁLISIS DE LAS NOVELAS “EL ROTO” Y “LA CHICA DEL CRILLÓN”

Sin duda que en sus novelas, Joaquín Edwards Bello también plasmó su visión de los chilenos. Aunque hayan sido personajes y situaciones ficticias, su conexión con la realidad chilena en la que se insertan es innegable.

Al igual que las crónicas, las novelas tienen una estrecha relación con su contexto. Ya lo veíamos en el texto de Raymond Williams, pero en el caso específico de la novela, también es útil utilizar el concepto del texto como “idiologema” tal como hace la semióloga Julia Kristeva¹⁷⁹.

Según Kristeva, se trata de tomar una novela como una “función intertextual que puede leerse ‘materializada’ a los distintos niveles de la estructura de cada texto y que se extiende a lo largo de todo su trayecto, confiriéndole sus coordenadas históricas y sociales”¹⁸⁰.

En la novela, según la escritora búlgara, se produciría la intertextualidad, pues el escrito literario no se basta a sí mismo, sino que dialoga e interactúa con los principales textos y discursos de la sociedad en la que está inserta. El autor no puede abstraerse de lo que acontece a su alrededor. Ciertamente, Joaquín Edwards Bello no fue la excepción.

La elección de estas dos novelas en particular se debe a que nos presentan distintos enfoques del mismo Chile: “El Roto” se concentra más en los sectores

¹⁷⁹ Kristeva, Julia, *El texto de la novela*. Barcelona, Lumen, 1972.

populares de la población, mientras que “La chica del Crillón” tiene más conexiones con la clase alta, aunque de todos modos toca a todos los estratos socioeconómicos.

Edna Coll es una autora puertorriqueña que hizo un completo estudio de nuestra nación a través de las obras literarias del Premio Nacional de Literatura de 1943. Al escribir su obra “Chile y los chilenos en las novelas de Joaquín Edwards Bello” asegura no haber conocido nunca en su vida a uno de ellos, por lo que obtuvo de las novelas un “conjunto amplio del pueblo chileno”¹⁸¹, carente, por supuesto, de todo prejuicio.

Al hablar de la obra literaria de Edwards Bello, Coll afirma que ésta no puede separarse de su obra periodística: “Joaquín Edwards Bello es, ante todo, periodista. En sus novelas, con sus divagaciones y elucubraciones y su propaganda social, no podemos perder de vista al periodista y al cronista”¹⁸².

Si bien el interés de esta memoria de título está puesta en el contenido más que el estilo de escritura de las novelas del escritor porteño, puedo hacer eco de las palabras de Edna Coll, quien estima que la crítica no hallaba consenso al clasificar sus obras, pues algunos decían que eran realistas, otros creían que costumbristas y otros, naturalistas. Sin embargo, Coll no escatima en elogios para aseverar que “Joaquín Edwards Bello es el cautivador por excelencia en América Latina, a lo Zola, de la novela experimental”¹⁸³.

Sin duda, lo más recurrente en las novelas de Joaquín Edwards Bello, al igual que en sus crónicas, es denunciar los problemas que aquejan a la sociedad chilena. De esta manera pretende llamar la atención sobre estos y exigir soluciones. Por ello, no es

¹⁸⁰ Ibidem. P. 15

¹⁸¹ Coll, Edna, *Chile y los chilenos en las novelas de Joaquín Edwards Bello*. La Habana, Lex, 1947 (Prólogo).

¹⁸² Ibidem. P. 22

¹⁸³ Ibidem. P. 25

de extrañar que muchas de las críticas que el autor de “El Inútil” hace en sus crónicas, las haga también en sus novelas. Dice Edna Coll:

“Junto a evocaciones líricas sobre la patria, yuxtapone un desbordamiento sincero de lamentaciones y diatribas sobre los males que la azotan, con el propósito sincero y constructivo del médico que expone el mal del enfermo para extirpar de raíz la enfermedad que lo puede conducir a la muerte”¹⁸⁴

Por esta razón, no pueden leerse las novelas de Edwards Bello como pesimistas (con la consiguiente exageración de los defectos, típico del naturalismo) pues siempre está detrás el anhelo de una patria mejor, aunque no proponga explícitamente propuestas concretas para conseguirlo.

Antes de analizar específicamente las novelas “El Roto” y “La chica del Crillón”, hay que resaltar una última generalidad que analiza Edna Coll y que es la visión de Edwards Bello sobre las distintas clases sociales.

Según la puertorriqueña, la clase alta es vista por Edwards Bello como sin voluntad y acomodaticia, que acepta el *status quo* sin preocuparse por la clase que es atropellada (el bajo pueblo). A este estrato pertenece el “futre”, un personaje indolente, formulista y snobista. Un niño bien, elegante en el vestir, pero sumamente ocioso.

¹⁸⁴ Ibidem.

La clase media en tanto, sería vista por el periodista y escritor como arribista y ambiciosa, con todos los defectos de la gente de las clases alta y baja, sin poseer ninguna de sus cualidades¹⁸⁵.

Por su parte el pueblo, o clase baja, aparece abandonado y resignado. En la visión del novelista, es la parte de la sociedad más sana y generosa, más noble y sentimental. Como es de suponer, a este estrato pertenece el “roto”.

“El roto” (1920)

“Soy un mito, una ficción, una incoherencia social, un pretexto para fingir patriotismo y amor a la plebe. Soy un mito usado y sacrificado en los momentos patéticos, despreciado y alejado en los momentos de paz social. No quieren contacto con nosotros los rotos”.
(Joaquín Edwards Bello, “Habló el roto chileno”)

Esta novela de Edwards Bello, versión acabada de “La cuna de Esmeraldo” de 1918, nos muestra la cruda realidad de la clase más pobre de Santiago entre los años 1908 a 1915, antes que la “cuestión social” fuera un tema importante en el Gobierno chileno.

Según el propio autor de la novela, la historia “se trata de la vida del prostíbulo chileno, que tuvo un sentido social profundo, por la constancia con la que influyó en el pueblo y por el carácter aferradamente nacional de sus componentes.”¹⁸⁶ Uno de los

¹⁸⁵ Ibidem. P. 167

¹⁸⁶ Edwards Bello, Joaquín, *El roto*. Santiago, Universitaria, 1990 (Nota inicial del autor)

mejores aciertos que el autor encuentra en su novela es el captar la imprevisión típica de la psicología popular:

“...la escena corriente del que llega pidiendo pilsener y oye en el acto la pregunta: ‘¿Onde quearía el destapaor?’ Cuando cae la primera lluvia se oye: “¿Onde quearía el paraguas?””¹⁸⁷

En efecto, la historia se desenvuelve en un barrio extremadamente pobre, un arrabal, y específicamente en un prostíbulo llamado “La Gloria”. Allí, además de las prostitutas y la patrona doña Rosa, trabaja de tocadora Clorinda, quien vive en la casa contigua junto a su marido y a sus dos hijos, Esmeraldo y Violeta. Ellos, crecerán rodeados de ese ambiente de vicio, del cual parecen condenados a nunca salir.

También tiene como escenario el garito “Popular”, donde juegan hombres de todas las clases sociales. Su dueño es un político corrupto, Pantaleón Madroño, protector de Fernando (llamado en realidad Manuel Jesús), quien trabaja también allí. Éste se relaciona con Clorinda tras la muerte de su marido en la cárcel, aunque nunca le revela sus secretos.

Todo termina con el asesinato, por celos, de un “futre” llamado Sebastián Martí a manos de un joven marginal de la calle Borja apodado “El Pucho”. Esmeraldo se autoinculpa, va a la cárcel y su caso es ampliamente debatido. Tras varios meses es dejado en libertad y es protegido por un periodista evangélico. Sin embargo, logra escapar a su antiguo barrio. Allí sólo se encuentra con las ruinas, pues fue arrasado por la policía tras el asesinato y entregadas sus casas a nuevos dueños.

¹⁸⁷ Edwards Bello, Joaquín, “La obscenidad en la literatura”, en *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Op.Cit. P.87

En esta novela se puede conocer la marginalidad de la gente más pobre del Santiago de principios del siglo XX, “un baluarte colonial, clerical y reaccionario”. Ellos vivían prácticamente escondidos tras la Estación Central, sin apoyo municipal y sumidos en la suciedad, los vicios y las enfermedades. El autor describe el barrio como una transición de lo rural a lo urbano, con escaso contacto con “la parte verdadera de la ciudad”.

Esto nos habla del culto a las apariencias del que Edwards Bello también se refiere en sus crónicas. Alrededor de la nueva estación ferroviaria, construyen fachadas ligeras para ocultar la pobreza que hay detrás:

“Es como una cascarita de casas de tabique, una bambalina que continúa poco menos cínica por la Alameda, tapando la ignominia de los conventillos podridos y los prostíbulos que están detrás, a dos pasos, y que todos parecen ignorar.”¹⁸⁸

Una realidad incómoda, ciertamente, pero mil veces más incómoda para quienes viven allí. A pesar de ello, Edwards Bello nos relata que esa gente asume lo que le tocó vivir, demostrando una vez más el arraigado fatalismo indígena en las clases populares de Chile:

“A pesar de la vitalidad excesiva, del rápido progreso material que salta a la vista, se nota en ese barrio un no se qué de fatalismo y fatiga, impreso en los semblantes y las cosas como si un velo de extenuación y tristeza lo cubriese todo.”¹⁸⁹

¹⁸⁸ Ibidem. P. 4

¹⁸⁹ Ibidem.

Es ese el fatalismo el que está presente en Clorinda al pensar en el futuro de sus hijos. Y no se equivocaba, pues mientras su hijo terminaba condenado por asesinato en una cárcel, como su padre, su hija perdía brutalmente su virginidad en el barrio, lo que le presagiaba un futuro no muy distinto al de las prostitutas de “La Gloria”.

También ese sino parecía marcar a Fernando, quien volvía a vivir en la miseria, como “roto”, después de haber jugado al “futre” y soñar con un futuro mucho más próspero, codeándose con la oligarquía santiaguina.

Si hay algo que está presente durante toda la novela y en todas las clases sociales son los vicios. En especial el alcohol. Sea vino barato, cerveza, champán o whisky. Toda ocasión es la excusa perfecta para consumirlo: “la llegada de los trenes pide alcohol, como la boda, el baile, el velorio, las carreras de caballo y todo lo demás”.¹⁹⁰

En los trabajadores, esto parece obedecer a una suerte de herencia sanguínea. El narrador nos dice que “los obreros pagan tributo a Baco, obedeciendo a un salvaje atavismo que les llama con fuerza ciega.”¹⁹¹

Como veíamos durante el análisis de las crónicas, en el tópico “vicios”, muchas reformas destinadas a erradicarlos de la clase trabajadora, como el Código Sanitario de 1926, no tuvieron éxito. Unas, por estar arraigadas en la idiosincrasia chilena (prostíbulos) y otras por motivos económicos, como el alcohol.

Respecto a la prostitución, el narrador de “El Roto” parece coincidir con el autor de la novela, pues asegura que la policía ha impedido organizar esa actividad para que prospere en bases definitivas como en países de Europa.

¹⁹⁰ Ibidem.

¹⁹¹ Ibidem. P. 5

En cuanto al alcohol, dice Stefan Rinke, en 1902 existían más de 20 mil bares operando en Chile, es decir, uno por cada 146 habitantes y en 1919 se estimó que los chilenos consumían en promedio 56, 18 litros de vino y 11, 14 de cerveza al año¹⁹². Los esfuerzos que fallaron por regular esta situación tienen, según Rinke, una razón muy clara:

“...la antesala del vino era una gran fuerza en la política y sociedad chilena, ya que gran parte de la oligarquía tradicional era a la vez parlamentaria y productora de vino o, en su defecto, estaba emparentada con los líderes políticos.”¹⁹³

Ni los niños de la novela, Esmeraldo y Violeta, estaban al margen de este vicio, pues desde pequeños les dieron chicha y cerveza para que se acostumbraran al “delirio nacional”.

La religión tampoco está ausente en esta obra de Edwards Bello. Podemos conocer la gran influencia de la Iglesia Católica en el Chile de esa época, a través de las propiedades del Arzobispado de Santiago:

“Buena parte de la propiedad santiaguina ha pasado en forma de herencias a ese poderoso organismo político. No es broma el miedo al infierno.”¹⁹⁴

¹⁹² Rinke, Stefan, Op.cit. P. 101

¹⁹³ Ibidem. P. 104

¹⁹⁴ Edwards Bello, Joaquín, Op. Cit. P.8

Pero también está la religiosidad popular, altamente supersticiosa, que coexiste con el catolicismo en las clases más pobres. Clorinda interpretaba los sueños de las prostitutas, pero prendían velas a la Virgen del Carmen y los santos. La Semana Santa, era muy respetada, “guardábanla con mayor recogimiento que las beatas: a nadie se entregaban durante esos días”¹⁹⁵.

La mitomanía que a la que tanto hace referencia Edwards Bello en sus crónicas se manifiesta en la patrona del prostíbulo y su supuesta familia:

*“...estaba afligida de una cojera fenomenal y aseguraba, como todo chileno, que pertenecía a una gran familia. La vanidad suele tener caracteres de elefantiasis.”*¹⁹⁶

Doña Rosa, la patrona, sentía un gran amor por un distinguido rubio y blanco que, finalmente, la dejó en la ruina económica.

En esta novela aparece también la idea del desplazamiento del “roto” por parte de los inmigrantes, como consta en la historia del “Pata de Jaiva”. Este muchacho nació en Valparaíso y se crió en los cerros, donde los ingleses y los ricos habían ubicado a los habitantes originales. El narrador recalca su patriotismo a toda prueba: “ningún chileno ama a la tierra natal como el chango que se arraigó a ella hace miles de años.”¹⁹⁷

Algo similar ocurre con los inquilinos de los fundos, parece denunciar el autor, quienes son acostumbrados por sus patrones a la opresión y mantenerse en la ignorancia.

¹⁹⁵ Ibidem. P. 10

¹⁹⁶ Ibidem. P. 12

¹⁹⁷ Ibidem. P. 44

Hasta en la cueca¹⁹⁸, que abunda durante toda la novela, nos dice el narrador que se trata de la “alegoría sexual y sanguinaria de la fusión guerrera de dos razas. Por eso se siente resonar el tambor de Castilla y el chivateo de Arauco; es la constante persecución del europeo a la india...”¹⁹⁹

En las páginas finales, la opresión del roto se ve más claro que nunca:

*“En las luchas de la vida, que eran nada más que una cacería en la cual el grande se come al chico para mejoramiento y continuación de la especie, el roto, fuerte, inteligente, audaz, temerario, sucumbía irremediabilmente por las condiciones en que vivía y la falta de educación.”*²⁰⁰

Finalmente, otro punto importante que se repite tanto en el análisis de las crónicas como en esta novela es la corrupción. En “El Roto” se ve cómo la policía realiza inspecciones periódicas a los prostíbulos (que causan un alboroto entre las prostitutas) pero hacen la vista gorda a los menores que allí se encuentran. Es más, se unen a la remolienda bebiendo alcohol en grandes cantidades.

El Jefe de Policía era un ejemplo de corrupción en los altos mandos. Dice el narrador que

*“Conocía los bajos fondos y las altas cumbres santiaguinas
(...) arreglaba a su antojo los escenarios del crimen; aderezaba a su*

¹⁹⁸ La cueca, así como la cocina típica chilena, son expuestos como elementos puros de chilenidad, o como dice Eduardo Santa Cruz, símbolos de la hacienda del valle central considerada como matriz fundacional.

¹⁹⁹ Ibidem. P. 59

²⁰⁰ Ibidem. P. 150

manera las declaraciones que debían hacer los criminales interesantes; sacaba de la cárcel a quien le daba la gana.”²⁰¹

A la corrupción de la policía se une la de los políticos, en especial el senador Madroño. Es dueño del club “Popular”, aunque venda una imagen intachable frente a sus electores. Cuando Fernando lo quiso denunciar a “El Mercurio” por despecho, no encontró a nadie interesado, pues conocían la turbiedad de los políticos pero no hacían nada al respecto.

Esta complicidad de la prensa también se manifestó luego del asesinato de Sebastián Martí, cuando a penas se referían al hecho, demostrando con esto que la oligarquía santiaguina era todopoderosa.

El final de la novela también nos recuerda a las crónicas de Joaquín Edwards Bello, con ese escenario de demolición, donde nada queda en pie, para dar paso a lo nuevo.

Creo necesario añadir que, además del “roto”, en esta novela aparecen otros tipos de chilenos de la época como el “futre”, Sebastián Martí o el “peine” Pantaleón Madroño (personaje jugador inspirado en Malaquías Concha). Sin embargo, no profundizaré en la tipología de los chilenos por merecer esto una investigación más extensa.²⁰²

²⁰¹ Ibidem. P.136

“La chica del Crillón” (1935)

Esta novela, que según Edwards Bello nació por la fascinación de José Ortega y Gasset por la “niña chilena”²⁰³, retrata el Chile de los primeros años de la década del '30, posterior a la Gran Depresión Económica. Está escrita como diario de vida, en primera persona.

Teresa Iturrigorriaga, es una joven chilena de apellido “vinoso” pero que vive en la ruina económica. Huérfana de madre, la joven habita una casa pobre en la calle Romero, acompañada sólo por su enfermo padre, su sirvienta Rubilinda y las ratas. El resto de la familia le ha dado la espalda

Lleva una doble vida. Por las mañanas compra pidiendo fiado y por la tarde sale al centro a mantener las apariencias, a pasearse y compararse con las demás muchachas (o como dice Edwards Bello, a *s'afficher*) aunque use siempre el mismo vestido.

Sus penurias económicas terminaran definitivamente sólo después de la muerte de su padre, pues Teresa recibe todos los bienes de la señora Ismenia, una mujer que amaba a su progenitor y que se recluiría en un monasterio para ahogar las penas.

Viajando a San Rosendo para administrar un fundo que heredó de la amante del padre, ve su vida correr peligro por las huelgas y levantamientos de los campesinos del sur. Sólo Rubén Ortega, un hombre que conoció en un tren a Viña del Mar y que luego se convertiría en su marido, pudo salvarla de lo peor.

Lo interesante en esta novela, es que Joaquín Edwards Bello logra reproducir con mucho realismo las distintas esferas sociales de la época. La clase alta es

²⁰² El texto de Edna Coll citado en esta página es de gran utilidad respecto a los tipos de chilenos en las novelas, así como la tesis de Francisco Javier Campos en las crónicas (allí se encuentran “el latero”, “el monocorde” y los tipos de borrachos entre otros). Ambas obras en la bibliografía consultada.

²⁰³ Edwards Bello Joaquín, *Recuerdos de un cuarto de siglo*, Op.Cit. P.137

discriminatoria. Si bien Teresa pudo mantener ciertas amistades gracias a su apellido aristocrático, era rechazada por no estar vestida a la moda como las demás y era víctima de burlas por su falta de higiene.

Si vive esa doble vida, de cités y conventillos por la mañana y del centro y lujosos hoteles por las tardes y noches, es por su miedo al “qué dirán”:

*“Yo no puedo decir a ninguna de mis amigas dónde vivo y me veo impulsada a ocultar este domicilio. Se vive de apariencias, y la pobreza va estrechamente unida al prestigio”.*²⁰⁴

Como vemos, se repite lo que el autor expresaba en sus crónicas: los chilenos construimos identidad de acuerdo a cómo nos ven los demás y por eso sentimos eterno miedo al ridículo. Es este mismo afán por aparentar el que llevaba a muchos a comprar falsificaciones de Goya, para hacerlos pasar por auténticos o al menos “atribuidos” al pintor español.

Otro aspecto previamente analizado en las crónicas, la envidia y el deseo de destrucción, también está presente en esta novela. Sobre todo en las esferas más ricas. Mientras pasea por el centro, aún pobre, Teresa Iturrigorriaga piensa:

*“Nos conocemos desde pequeños, hasta saber cuántos lunares tenemos, y aún queremos conocernos más, hasta hastiarnos mutuamente y destruirnos”*²⁰⁵

²⁰⁴ Edwards Bello Joaquín, *La chica del Crillón*. Santiago, Ercilla, 1935. P. 7

²⁰⁵ *Ibidem*. P. 8

*“De vez en cuando, la vida nos da chicotazos para recordarnos que habitamos una larga y angosta faja de envidia, que se llama Chile”.*²⁰⁶

Por ello las hermanas Cepeda, cuya familia se hizo rica por negocios y no por su sangre tradicional, gozaron tanto al descubrirla sin medias ni sombrero en un barrio pobre y cuando fue víctima de una broma durante un baile. El hecho de no tener un apellido “vinoso”, les causaba inmenso dolor.

Aparecen los famosos sobrenombres peyorativos: el “buen ladrón”, la “pecho de mármol”, la “madame Recamierda”. Según Teresa “todos tienen apodos (...) Si le quitaran el pelambre a Santiago no quedaría nada.”²⁰⁷

La opinión crítica de Edwards Bello respecto a los políticos y jueces nacionales también se puede percibir fácilmente a través de las hojas de esta novela. Normalmente, lo hace a través del personaje principal, Teresa.

Respecto a la incapacidad de ganar un asunto judicial, sobre una ex mina de su padre, asegura:

*“Con tanto Presidente que ha pasado por la Moneda, estamos desorientados, porque es necesario tener abogados presidenciales si uno quiere ganar pleitos.”*²⁰⁸

²⁰⁶ Ibidem. P. 97

²⁰⁷ Ibidem. P. 32

²⁰⁸ Ibidem. P. 13

A través de “La chica del Crillón”, es posible conocer, con los ojos de Edwards Bello, las transformaciones de la sociedad chilena. La música Jazz, proveniente de Estados Unidos, adornando cualquier reunión social en el Crillón u otro lugar de moda. El cocktail preferido es el “rotting sower” (de “roto”).

El cine no podía estar ausente. Las alusiones al séptimo arte son numerosas. Teresa se desilusiona de encontrar a la salida de su casa hombres tan distintos a los del celuloide.

Durante su visita al Casino de Viña del Mar²⁰⁹, reflexiona:

*“La gente que jugaba, en su mayoría hombres y viejas del tiempo de Mabel Norman y de Perla White, era ordinaria, sin asomos de picardía, todo lo contrario de la gente que yo esperaba ver en las películas, donde salen espías, falsos condes napolitanos, princesas rusas y ladrones de frac”.*²¹⁰

De las palabras de Teresa se puede inferir que el cine tuvo su influencia en los discursos identitarios, pues su impacto fue tan grande que mucha gente comenzó a cuestionar el mundo en el que vivían e intentaban imitar en cuanto fuera posible a las estrellas que veían en pantalla.

El juego también tiene importancia en esta novela. El casino mencionado es el escenario en el que Teresa multiplica su inesperada fortuna y ayuda a su eterno amor, el diplomático Gastón, a tomar un barco junto a su querida.

²⁰⁹ Sobre el Casino de Viña, ver crónica “La bolita”, en *Valparaíso y otros lugares*, Op.Cit. P.151

²¹⁰ Ibidem. P. 299

Si bien los movimientos femeninos toman fuerza y en 1934, bajo el segundo Gobierno de Alessandri, las mujeres ganan su derecho a voto en las elecciones municipales, la mujer sigue estando a la sombra del hombre. Teresa es una mujer muy osada e independiente pero no niega que busca el amor de un hombre, lo que le es bastante esquivo. De hecho se lamenta que, ni ella ni su prima Lucha (apodada por ella “prima Carnera”²¹¹) fueran aptas para un matrimonio “conveniente”. La primera por no tener plata y la segunda por ser gorda.

Hay que consignar, sin embargo, que Joaquín Edwards Bello no desmerece la influencia de las mujeres. Es más, para él Chile es un matriarcado. Las mujeres han ejercido un poder irresistible, con ejemplos como la Quintrala, las que propiciaron la caída de Balmaceda y el “reinado de” Juana Ross en Valparaíso.

Aún así, lo que hace a Teresa ser distinta no es su feminismo, sino que no es católica, aun cuando la influencia de la Iglesia era aún muy importante en Chile. Teresa usa manga corta, aunque la echen de la iglesia por inmoral. La prima “Carnera” quiso convertirla hasta el cansancio, pero no lo consiguió. Su pensamiento religioso, pero no católico, la acerca nuevamente al autor, como se puede ver en el siguiente diálogo con Lucha, donde critica el dogmatismo eclesial:

“-Yo soy religiosa-le dije-pero creo que se puede agradar a Dios alegrándose y disfrutando de sus obras.”²¹²

²¹¹ Este apodo es un juego de palabras, pues alude al campeón mundial de box, categoría peso pesado, de 1933-1934, el italiano Primo Carnera. Éste se hizo famoso también en el cine, protagonizando *The Prizefighter and the Lady*, junto al también boxeador Jack Dempsey, entre otras.

²¹² *Ibidem*. P. 173

En esta novela, Edwards Bello no podía dejar al margen a la clase más baja y a los trabajadores. Si bien no se dedica tanto a ellos como en “El Roto”, es posible visualizar las pésimas condiciones en las que vivían. Teresa, a pesar de convivir con roedores, era afortunada entre los pobres. Al menos tenía reliquias familiares que empeñar. Pero existía esa mujer de la calle, la cartonera, que trabajaba sacrificadamente para poder alimentar a su hijo.

La colecta para los tuberculosos, es otro ejemplo de que las condiciones sanitarias de los más pobres eran muy precarias. Las enfermedades abundaban y se hacían incontrolables.

Pero sin duda el hecho más significativo que envuelve a los trabajadores, no se refiere a los obreros de la capital, sino a los campesinos en huelgas y levantamientos en el sur durante los capítulos finales.

Al respecto, Sergio Villalobos et alia, afirma que el segundo Gobierno de Alessandri tuvo que valerse de muchas herramientas para imponer el orden en el agitado Chile de principios de la década del '30, tales como facultades extraordinarias del Congreso y la censura de “La Opinión” y “Hoy”.

En este contexto, se originan las revueltas campesinas y mapuches: “El ambiente de inquietud e, incluso, de violencia, producto de enfrentamientos entre integrantes de la *Milicia Republicana* y del naciismo, por un lado, y de la Federación de Izquierdas, por otro, se acentuó, en 1934, con la sangrienta rebelión armada de Ranquil (Alto BíoBío) y la cruenta represión posterior...”²¹³

²¹³ Villalobos Sergio, Silva Osvaldo, Silva Fernando, Estellé Patricio, *Historia de Chile*, volumen 4. Santiago, Universitaria, 1974, P.945

En efecto, mapuches y colonos fueron reprimidos duramente por el Gobierno, siendo el mayor responsable el general de carabineros de la Policía Montada de la Frontera, Humberto Arriagada, el mismo de la masacre del Seguro Obrero de 1938, cuyas víctimas fueron 58 jóvenes nacistas. Arriagada aparece citado casi al finalizar “la chica del Crillón”.²¹⁴

Ésta cruenta acción, entre otras, motivó al Partido Radical a alejarse de Alessandri y aliarse con la izquierda opositora. Esta unión con comunistas y socialistas, denominado Frente Popular, llegaría pronto al Gobierno.

Por su parte Edwards Bello, a través de la novela, reitera la opresión de los europeos a los habitantes originales de Chile y los culpa del levantamiento. Esto se puede ver en el diálogo de Teresa y Ramón, su futuro esposo, al acampar cerca de la zona del conflicto:

“-¿Hay peligro todavía?

-De día, más que de noche. Hay colonos sublevados. Gente mala y viciosa, que nos viene de afuera; ni uno solo es del sur. Aquí la gente es buena.”

En resumen, “La chica del Crillón” nos permite analizar la visión de Edwards Bello de la identidad de los chilenos de la década del ’30: las virtudes de los más pobres y los vicios de la clase alta, cuyos defectos fueron mencionados también reiteradamente a través de sus crónicas.

Concluye Edna Coll de la lectura de sus novelas:

²¹⁴ Ibidem. P. 276

“(Edwards Bello) Castiga con calor y apasionamiento la aristocracia y la clase media, mientras que al pueblo lo exalta y lo alaba con exageración.”²¹⁵

Sin duda Joaquín Edwards Bello encontró en sus novelas una nueva forma de alertar sobre los problemas de nuestra sociedad, esperando que los lectores no se quedaran sólo con la grata experiencia de la lectura, sino que también tomaran medidas. Sobre todo con “El roto”, sobre la crisis social, pero también con “La chica del Crillón”, con la crueldad de la clase alta y las revueltas campesinas.

Esto fue lo que lo llevó a decir en su crónica “Domingo Melfi”:

*“Un buen relato con arte influye más que una ley complicada.
El arte es eterno. Las leyes son efímeras y dependen de los intérpretes
antes que del texto.”²¹⁶*

²¹⁵ Coll Edna, Op.Cit. P.124

VII. CONCLUSIONES

A la luz del texto de Larraín, “Identidad chilena”, se puede concluir que la visión sobre “lo chileno” que tuvo Joaquín Edwards Bello en sus crónicas es principalmente esencialista.

Un ejemplo de ello es que muchas de las virtudes y, sobre todo, defectos de nuestro pueblo se deben a una herencia ya sean hispanas o indígenas. Incluso la situación y características geográficas de Chile también influirían en nuestro carácter, como algo de lo que no podemos escapar. Además, y como ya se mencionó durante esta memoria, Edwards Bello no duda en caer en lo que para Larraín es un error: la aplicación de rasgos psicológicos a un colectivo, en este caso, los chilenos. El cronista suele generalizar y decir que el chileno es mitómano, presidentófago, envidioso, etcétera.

A pesar de ello, durante el análisis de su obra periodística también se pudieron encontrar coincidencias sobre nuestra identidad con los resultados de la obra de Larraín. Se trata de elementos que no forman parte de nuestra psicología, sino más bien de nuestra estructura social y los discursos dominantes: gran influencia de la Iglesia Católica, consumismo, fascinación por lo extranjero (entiéndase norteamericano-europeo), entre otros.

Como se ha dicho, Jorge Larraín concibe a la identidad como un proyecto a futuro, cambiante y que se enmarca en la trayectoria de Chile a la modernidad. Sin duda que Edwards Bello fue testigo de esta transición y los innumerables cambios que

²¹⁶ Edwards Bello Joaquín, “Domingo Melfi”, en *Nuevas Crónicas*. Op.Cit. P. 214

nuestro país sufrió durante todo el siglo XX. La era de la integración nacional, de la aparición de nuevos medios de comunicación, de la cultura de masas en ciernes, fue retratado con muchos detalles en las crónicas de Edwards Bello, aunque a medida que transcurrían los años el tono nostálgico de su pluma se fue haciendo cada vez más evidente. El escritor decía que no juzgaría cuál época fue mejor, pero se puede leer entre líneas que prefería el romanticismo de fines del siglo XIX y los inicios del XX.

El Centenario fue uno de los hitos de la apertura de Chile al exterior. Edwards Bello cita a un texto llamado “Memorias del centenario”, sin firma, donde se puede colegir la preocupación por el “peligro de extinción de la chilenidad”, aun cuando el fenómeno de la globalización ni siquiera se vislumbraba:

“En septiembre de 1910 celebramos el primer Centenario de la Independencia. Lo curioso es que todo cambió desde esa fecha. Se abrió la puerta de Chile al cosmopolitismo. Hasta ese momento la cordillera nos tenía metidos en pura esencia chilena. Fue como un acto de prestidigitación.”²¹⁷

Su esencialismo pareció contradecirse en el ensayo “Nacionalismo continental”, donde exhorta a dar mayor educación a la clase humilde y volver a los valores hispanos para construir una mejor sociedad. Es decir, da la posibilidad de un cambio en nuestra identidad. La enumeración, sin misericordia, de los defectos de los chilenos tendría, a juicio de la autora de esta memoria, también la intención de modificar esos vicios.

²¹⁷ Texto citado por Edwards Bello en “19 de septiembre de 1910”, en *Crónicas del centenario*. Op.Cit. P. 156

Como puede verse, no hay que esforzarse mucho por comprender al autor de la novela “El roto”, pues fue una persona con muchas contradicciones. Alfonso Calderón opina que “tiene acuerdo con una expresión de Charles Baudelaire que decía que el derecho a contradecirse debiera figurar entre los derechos del hombre. Edwards Bello se contradice a menudo, no tiene un pensamiento unilineal sino que más bien se sumerge y nada llevando consigo una idea. Esa idea la desarrolla aunque puede ser distinta a la que sostendrá cinco o diez años después o haya sostenido tres o cuatro años antes”²¹⁸.

Por ejemplo, el cronista escribe en 1935 que “no puede darse una misión mejor en este mundo” que entretener al público con sus obras²¹⁹. Casi 20 años más tarde, opina: “a mi no me gusta que me lean. Parece un absurdo pero es así.”²²⁰ También, si bien sentía una gran simpatía por el pueblo y le encomendaba una misión de mando en América Latina, se oponía al voto universal. En lo moral, apoyaba la prostitución regulada y el amor libre, pero rechazaba el divorcio.

Otra conclusión que puede hacerse tras la lectura de las crónicas de Edwards Bello y dos de sus novelas es que para él existen varios tipos de chilenos. Una manera recurrente de diferenciarlos es su ciudad de nacimiento. En Talca, por ejemplo, las castas sociales serían más rígidas que en el resto de las urbes. Pero sin duda la dicotomía clásica está entre los santiaguinos y los porteños de Valparaíso. Al respecto dice Alfonso Calderón:

²¹⁸ Entrevista a Alfonso Calderón, Op.Cit.

²¹⁹ Edwards Bello Joaquín, *Recuerdos de un cuarto de siglo*, Op.Cit. P. 10

²²⁰ *Ibidem*. P.87

*“El porteño es una de las mezclas más curiosas que hay debido a que es siempre un lugar de tránsito, abierto a ingleses, alemanes, italianos(...) El santiaguino tiene la idea de una falsa nobleza que es la que robustece su ser en medio de las tribulaciones de la existencia y los panoramas económicos en los que está inserto. (...) Joaquín Edwards tiene una frase ejemplar: ‘el porteño tiene un pasado en el cual la norma inglesa hacía creer en la palabra respetada’. No se necesitaban documentos para acreditar un negocio, mientras que en Santiago es muy frecuente que su habitante ‘se despierte pensando en el zorzal que se va a manducar’”.*²²¹

Sin embargo, las principales diferenciaciones que hace el escritor chileno se refieren a las clases sociales. Como pudo apreciarse durante el análisis, la elite estaría llena de defectos, como por ejemplo, el afán imitativo. Según Eliana Jiménez ²²², esta característica “nos ha impedido tener nuestra propia identidad”. Me parece que hay dos errores en esta afirmación. En primer lugar, Edwards Bello no se refiere a todos los chilenos cuando habla de imitación, sino a las clases alta y media. En segundo lugar, puede que esa misma tendencia a la imitación sea un rasgo de identidad y no la ausencia de ésta.

El pueblo en cambio, tiene el defecto de haber heredado los vicios de los conquistadores e indígenas pero también, en opinión del cronista, sus virtudes. Si bien en

²²¹ Entrevista a Alfonso Calderón, Op.Cit.

²²² Jiménez de la Jara Eliana, *Chile independiente a través de las crónicas de Joaquín Edwards Bello*. Tesis para optar al título de periodista, Escuela de Periodismo, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1977. P.5

su novela “El roto” Edwards Bello nos retrata la clase baja como quizás la más chilena de todas (por sus prácticas) no hay que confundirse y pensar que sólo ve en ella a la guardiana de las costumbres y valores criollos. “La chilenidad no se encuentra solamente en la masa popular”²²³, advierte. Por ello son tan chilenos los miembros de la aristocracia vasca castellana, como los descendientes de inmigrantes europeos o el inquilino que trabaja la tierra.

Por lo tanto, la visión negativa del autor finalmente es hacia todos los chilenos, si bien ve en los más pobres menos corrupción. Edwards Bello no quiere que por eso se le tilde de antipatriota y afirma que “negar por patriotismo verdades visibles, es una tontería y contribuye al error”.²²⁴ Por ello Edna Coll, tras leer las novelas de este autor, concluyó que “los chilenos son responsables de la formación del pueblo; y por consiguiente es contra ellos que la pluma apasionada de Edwards Bello se torna con arrojo y hasta con crueldad en demasía”.²²⁵ Es decir, sus críticas no son malintencionadas sino que pretenden provocar los cambios necesarios.

No está de más reiterar que esta memoria nunca pretendió ser la única verdad respecto a la identidad chilena, sino la particular visión del cronista más influyente del siglo XX. Como dice Francisco Javier Campos “todo lector que quiera encontrar rigor científico en Joaquín Edwards Bello quedará frustrado”²²⁶. Sin embargo, ello no significa que no tomemos en consideración la visión que tuvo este autor chileno sobre nuestra identidad, pues su alta sensibilidad, su poder de observación y su completo archivo, fueron las mejores herramientas que tuvo para retratar al Chile que le tocó vivir.

²²³ Edwards Bello Joaquín, “Valparaíso”, en *Valparaíso y otros lugares*, Op.Cit. P. 84

²²⁴ Edwards Bello Joaquín, “Derrumbre en el cerro litre”, en *Valparaíso y otros lugares*, Op.Cit. P.183

²²⁵ Coll Edna, Op.Cit. P. 222

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- Calderón, Alfonso, *Joaquín Edwards Bello, ocho conversaciones*. En Revista Atenea n°419, enero-marzo 1968. Pp. 11-20
- Campos, Francisco Javier, *El carácter y la tipología criolla presentes en la obra periodística de Joaquín Edwards Bello*. Tesis para optar al título de periodista, Escuela de Periodismo, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1977.
- Casaus, J.M y Nuñez, L., *Estilo y géneros periodísticos*. Barcelona, Ariel, 1991.
- Coll, Edna, *Chile y los chilenos en las novelas de Joaquín Edwards Bello*. La Habana, Lex, 1947
- Correa, Sofía et alia, *Historia del siglo XX chileno*. Santiago, Sudamericana, 2001.
- Edwards Bello, Joaquín, *Memorias*. Santiago, Leo Ediciones, 1983.
- Edwards Bello, Joaquín, *Antología de Familia*. Santiago, Sudamericana, 2002.
- Edwards Bello, Joaquín, *La chica del crillón*. Santiago, Ercilla, 1935.
- Edwards Bello, Joaquín, *El roto*. Santiago, Universitaria, 1990.
- Edwards Bello, Joaquín, *La deschilenización de Chile*. Santiago, Aconcagua, 1977.
- Edwards Bello, Joaquín, *Crónicas*. Santiago, Zig Zag, 1964.
- Edwards Bello, Joaquín, *Nuevas Crónicas*. Santiago, Zig Zag, 1974.
- Edwards Bello, Joaquín, *Crónicas del centenario*. Santiago, Zig Zag, 1968.
- Edwards Bello, Joaquín, *Mitópolis*. Santiago, Nacimiento, 1973.
- Edwards Bello, Joaquín, *Nacionalismo continental*. Santiago, Zig Zag, 1968.
- Edwards Bello, Joaquín, *Valparaíso y otros lugares*. Santiago, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1974.
- Edwards Bello, Joaquín, *Hotel Oddó*. Santiago, Zig Zag, 1966.

- Edwards Bello, Joaquín, *Recuerdos de un cuarto de siglo*. Santiago, Zig Zag, 1966.
- Gissi, Jorge, *Identidad, carácter social y cultura latinoamericana*, en Suplemento Antropos, n°4154, 1997.
- Jiménez de la Jara Eliana, *Chile independiente a través de las crónicas de Joaquín Edwards Bello*, tesis para optar al título de periodista, Escuela de Periodismo, Pontificia Universidad Católica, 1977.
- Larrain Jorge, *Identidad Chilena*. Santiago, LOM Ediciones, 2001.
- Leñero Vicente y Marín Carlos, *Manual de Periodismo*. México D.F, Grijalbo, 1986.
- Lira Osvaldo, *Hispanidad y Mestizaje.*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1952
- Rinke Stefan, *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931*. Santiago, DIBAM, 2002.
- Santa Cruz Eduardo y Santa Cruz Luis Eduardo, *Las escuelas de la identidad: la cultura y el deporte en el Chile desarrollista*. Santiago, LOM/Arcis, 2005.
- Subercaseaux Bernardo, *La constitución del sujeto: de lo singular a lo colectivo*, en Identidades y sujetos, VVAA. Santiago, Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 2002
- Villalobos Sergio et alia, *Historia de Chile*, volumen 4. Santiago, Universitaria, 1974.
- Williams Raymond, *Sociología de la Cultura*. Barcelona, Paidós, 1981

IX. ANEXOS

1) ENTREVISTA A ALFONSO CALDERÓN

1- A partir de las crónicas de Joaquín Edwards Bello, ¿cree que para él existe una identidad chilena única o más bien habría sólo diferentes identidades según clases sociales o la ciudad de procedencia?

Yo creo que la pregunta por la identidad es una de las más complejas que existe en la historia del pensamiento. Es evidente que nosotros no sabemos exactamente cuál es la identidad chilena mientras no tengamos la conciencia de que éste es un país fragmentado. Si se mira un mapa lingüístico de Chile es claro que existe una zona que podríamos llamar austral en que el habla no es la misma que el habla del norte de Chile. Por lo tanto, si se sigue el mapa lingüístico chileno es posible entender que de Copiapó hacia Arica es una zona de fuerte influjo de la lengua quechua aymará y la identidad de esa gente que parece mineralizada, que se sentaba cerca de la estación de Arica con productos peruanos, bolivianos, con todo el tiempo por delante, estaban estableciendo un modo de mirar metafísico que no tiene nada que ver con el santiaguino y el porteño.

El porteño es una de las mezclas más curiosas que hay debido a que es siempre un lugar de tránsito, abierto a ingleses, alemanes, italianos. Las migraciones en Valparaíso fueron decisivas. El santiaguino tiene la idea de una falsa nobleza que es la que robustece su ser en medio de las tribulaciones de la existencia y los panoramas económicos en los que está inserto. Cuando Joaquín Edwards Bello habla de eso, la

mayor parte de lo que él ve es una mezcla y trata de distinguir, por ejemplo, entre el santiaguino y el porteño y tiene una frase ejemplar: “el porteño tiene un pasado en el cual la norma inglesa hacía creer en la palabra respetada”. No se necesitaban documentos para acreditar un negocio, mientras que en Santiago es muy frecuente que su habitante “se despierte pensando en el zorzal que se va a manducar”.

2- A su juicio, ¿se podría decir que para Edwards Bello los valores chilenos se encuentran más en la clase popular? Porque al menos la clase alta, siempre tiende a la imitación de otras culturas.

El problema está en que el concepto de pueblo es un concepto relativamente moderno, comienza a sentirse con los gobiernos liberales. Antes el pueblo que padecía de males como analfabetismo, alcoholismo, miseria extrema, mortalidad infantil enorme, ninguna actividad de responsabilidad electoral o de decisión, tenía a otros que pensaban y decidían por él. Yo pienso que cuando comienzan los gobiernos liberales en el siglo XIX ahí empiezan las aperturas. Ahora creo que en el siglo XX es determinante el surgimiento de Arturo Alessandri Palma en su primer Gobierno, en el cual se establece un cambio en la Constitución pero también se establece una serie de leyes que estaban atascadas desde el Gobierno de Juan Luis Sanfuentes, leyes de beneficio social. Antes del año '20, si un trabajador se caía de un andamio no había seguro y la gente quedaba muy agradecida si el patrón regalaba el ataúd.

La Constitución del '25 empieza a elaborar la participación electoral, pero es la reforma de Carlos Ibáñez el '57 la que concede una amplitud de derecho a voto. El voto es la decisión máxima. Hoy día la gente que no vota, jóvenes, y que reclama no tiene

derecho a hacerlo, porque tiene que inscribirse en los registros electorales y votar en contra lo que desaprueba.

3- Sin embargo, Edwards Bello dice que no votó desde 1920...

Claro pero es que él no creía en el sufragio universal. Como dijo una vez, “no me parece digno de recibir mi voto un país en el cual mi sufragio vale lo mismo que el de un cogotero del callejón ‘El guanaco’”, que queda camino a Valparaíso.

4- ¿Habla en serio Joaquín Edwards Bello cuando dice que el clima o la geografía influye en nuestra forma de ser?

Sí, yo creo que hay un problema de aislamiento. Durante mucho tiempo en el plano intelectual para pensar nosotros teníamos que acudir a las editoriales argentinas y leer los libros y seguir el pensamiento de los trasandinos que tenían la proa del barco vuelta hacia Europa. Por lo tanto, los libros que venían de ese continente, los autores que venían a dar conferencias y el arte que se expresaba a través de la compra de pinturas importantes en los museos revelan que nosotros estábamos en una situación propia de nuestra insularidad. Ahora, esto se ha perdido con la globalización. Este es un mundo interconectado. Una persona en Putre u otro lugar más extremo se conecta por la televisión y está enterado por lo que pasa en el mundo si desea saberlo y al mismo tiempo su lenguaje empieza a ser modificado por los efectos de ese medio. Así que hay un cambio absoluto, la insularidad nuestra ahora es un mito.

5- A propósito de mitos, Edwards Bello entrega distintas razones para explicar la “mitomanía nacional”. Menciona la infancia de nuestro pueblo, el fenómeno indígena del “invunche”, la envidia heredada de los españoles... ¿Por cuál de estos motivos debiéramos inclinarnos o sería el resultado de una mezcla de todos?

Él es a menudo contradictorio y, como tal, tiene acuerdo con una expresión de Charles Baudelaire que decía que, en verdad, el derecho a contradecirse debiera figurar entre los derechos del hombre. Edwards Bello se contradice a menudo, no tiene un pensamiento unilineal sino que más bien se sumerge y nada llevando consigo una idea. Esa idea la desarrolla aunque puede ser distinta a la que sostendrá cinco o diez años después o haya sostenido tres o cuatro años antes.

Ahora, con respecto a los mitos chilenos yo creo que es el primero que da el gran campanazo al revelar cómo nos inventamos los cuentos y después los creemos. Tenemos una manía historicista que nos lleva a concebir que hemos tenido los más grandes genios de la tierra en comparación con otros lugares. Hay un artículo muy notable que se llama “Napoleón en Santiago”. Bueno ese es el modelo mayor de la mitomanía. ¿Qué haría Napoleón acá? No es un problema de traer un tipo que nos resuelva los problemas sino que está en nuestra idiosincrasia el ser de un modo determinado.

6- Usted dice que Edwards Bello era un hombre de contradicciones. ¿Puede ser otra contradicción que haya sido tan abierto de mente para su época en muchos temas pero que en otros como el divorcio haya sido extremadamente conservador?

Claro. Él siempre tenía algunas ideas y las ponía en el tapete pero se asombraba de la capacidad que tenía la gente para aceptar todo sin proclamar a los cuatro vientos que algo podía ser una falsedad o una mentira. Él no sabía detenerse cuando se encontraba con cosas que lo irritaban, era muy irritable, entonces si algo lo enojaba podía elaborar sobre la marcha de la ira una teoría. Después cuando alguien se lo representaba a través de una carta al diario, Edwards Bello publicaba esa misiva y entonces, o bien daba la explicación o reforzaba el argumento según lo hubiera ya digerido o pensado más.

7- A través de las crónicas del autor se percibe una visión muy negativa de lo que es la política. Muy corrupta. ¿Eso sería una característica inherente al país según usted o habría alguna posibilidad de mejora?

No, eso viene de la herencia española. Más que de la herencia mapuche, donde el sistema consolidado de elecciones o como ellos manejaban el poder es muy distinto. Yo creo que la idea del envidia que el menciona proviene de España, de la mano de los conquistadores, tal como la idea del batiburrillo político y de la componenda y todo eso. Él dice en una parte que el conquistador viene a apertrecharse, o sea, viene a acumular bienes, posesiones, oro, y busca la excusa de dar nuevas tierras al reino. Además el conquistador vino a poner la cruz para que la religión cristiana se expanda y pueda generar en el ser nacional una idea religiosa de un Dios y la obediencia a la Iglesia.

Entonces, la verdad sea dicha, no hay en Joaquín Edwards una idea positiva de la política porque ésta se mueve en un mundo en el cual existe lo dicho y lo no dicho. Lo que se dice no es lo que se hace, lo que se promete no es lo que se cumple. Todos los

que hemos observado la política a través de nuestra existencia hemos tenido grandes ilusiones sobre todo cuando jóvenes pero cuando nos damos cuenta de que se trabaja a menudo en lo mismo de siempre es evidentemente un despropósito. Pero además hay algo que le molestaba mucho a él que era lo que denominaba la “chuña fiscal”, es decir, botar los fondos públicos. Al fin y al cabo la gente involucrada en política no sentía que el país le era propio, sino que era una entidad física que tenía que responderle con todo lo que él quería. Hay una frase de Ángel Ganivet, el español, que ilustra esto. El ideal para un chileno sería tener una contraseña que diga “este chileno está autorizado para hacer lo que le da la gana”.

2) LISTADO DE CRÓNICAS ANALIZADAS

“Antología de Familia”

- Miranda, Inglaterra y Napoleón
- Vida de Andrés Bello
- Andrés Bello y Lastarria
- Andrés Bello y los Pinto
- Fin de Vicho Balmaceda
- Claudio de Alas
- Jorge Cuevas
- El Marqués de Brevas
- Como es Azaña
- La belleza del a Quintrala
- Chistes de don Ramón Barros Luco
- El mito de don Federico Santa María
- Sara Hübner y Juan Ramón Jiménez
- Teresa Wilms ha muerto
- Anglómanos de tiempo antiguo
- Puerta del Sol. Madrid
- Chistes malos de Madrid
- Escenas del Barrio Latino
- Barrio Brasil
- El Centro
- Un garito en 1910
- La Casa Colorada
- Confitería y pastelería Torres
- Calle de San Diego
- El tiempo de Gath y Chaves
- Hotel Oddó
- La casa Pompeyana
- Fantasmas de Valparaíso
- Terremoto de Valparaíso
- El “duo de los paraguas”
- Teatro Odeón
- Los muchachos antes no usaban gomina
- El 18 del Centenario
- Presidencia de Riesco
- San Martín ante la historia
- Bautismo de sangre en mayo de 1903
- Política en el Centenario de 1910
- Mala suerte presidencial
- Cosas del 91
- Últimos días de Balmaceda
- Suicidio de Balmaceda
- Paseos fiscales
- Llegando de Europa
- 14 de julio. Los chilenos afrancesados

- El tiempo gordinflón
- El saqueo
- Mentirosos y mitómanos
- Mito del colocolo
- Las mujeres de los conquistadores
- El *Baltimore* y el Banco Edwards
- El subterráneo de los jesuitas

“Memorias”

- Nacimiento
- 1887
- 10 de mayo 1887-10 de mayo 1956
- Los primeros Edwards en Chile
- Más sobre los Edwards
- La familia Edwards Garriga
- Mi abuelita
- El pasado. Nosotros los del siglo XIX
- Los mantos de Wing Ong Chong
- La palabra del Presidente
- Inventos y novedades
- La lámpara incandescente
- Moda en fotografías
- Los juguetes que tuvimos
- Mi tío Juan Bello
- Mi padre en el cine- 1953
- Un día feliz
- La última nieta de Andrés Bello
- Mi tía Elisa
- El crimen de la calle Fontecilla
- El asesinato de Sara Bell
- El nuevo siglo
- Homenaje a Quilpue
- Mackay and Sutherland
- Liceo de Valparaíso
- Los exámenes
- El día domingo
- La casa tranquila
- Mi periódico en 1901
- Teatro del Odeón
- Nuestras lecturas
- Cómo me hice escritor I
- Cómo me hice escritor II
- La casa pompeyana
- Canciones parisienses
- Veraneo el año 1906
- La Gioconda en el nuevo Valparaíso
- Navidad 1909-1959
- Caballeros, caballo y carruajes

- Memorias de “El Inútil”
- Brasileñas
- Río de Janeiro- octubre 1910
- 1910-1931
- Recuerdos brasileños
- El Partido Radical, tema del día
- Moulin Rouge
- Casinos de juego
- Cómo empezó La Nación
- Recuerdos personales
- El señor Cousiño
- Piedita Iturbe
- Puerta del sol-Madrid
- La semana santa en Sevilla vista por mí
- El Madrid del último cuplé
- Una aventura en París en 1927
- El camino inevitable
- Valparaíso, siempre
- Las amistades se van
- Zapatitos de septiembre
- 72 septiembres
- 75 diciembres
- Cómo se escribe un cuento
- Planchas I, Planchas II
- Aquí todos nos conocemos

“Crónicas”

- En el tren presidencial
- Arturo López Pérez
- Remate en Viña del Mar
- Don Ramiro Vicuña Rozas
- ¿Es un genio Jorge Cuevas?
- Siúuticos
- La tragedia chilena
- Cerros y burritos
- Cárceles y conventillos
- Llegó un príncipe
- Canción Nacional
- Bellezas y fealdades de Santiago
- La dama de las camelias en Chile, en 1886 y en 1962
- Cuatro planchas en mi vida
- Aprender inglés
- México en Chile
- El antepasado catalán
- Sopas de ajo
- El Gallo ha muerto
- Instituto Napoleónico
- Pobres y ricos

- Los eternos problemas
- El problema permanente
- Chile no fabricará armamentos nucleares
- Dinero
- ¿Cómo se lo consiguió?
- Los Presidentes de Chile y la austeridad
- Automóviles presidenciales
- Fidel Castro y La Habana
- La revista norteamericana *Time* y nosotros
- La pierna de Luis Romero
- Me robaron el lápiz
- Chile en mayo de 1879
- Bajo el cielo de París
- Notas sobre el poeta Pezoa Véliz
- Habló el roto chileno

“Nuevas crónicas”

- Cirugía estética
- Cremas para el cutis
- El gorila
- Niños y tiranos
- Paseos fiscales
- El emperador del Sahara en Chile
- Últimos crímenes celebrados en Santiago
- El caso de Naná
- El valor de la nulidad
- Filosofía rusticana
- Despistolización general
- La leyenda negra
- Sólo para mayores de 21 años
- ¿Pudo ser Chile una potencia americana?
- Los norteamericanos y nosotros
- ¡Abajo los yanquis!
- Las fiestas de estudiantes y la chaya ¿qué se hicieron?
- Llegando de Europa
- Los ex chilenos
- 14 de julio. Los chilenos afrancesados
- El tiempo gordinflón
- Fama de chiflado
- Lluvias de ayer
- Setenta años
- El Salón
- El nuevo siglo
- La casa pompeyana
- El saqueo
- La alegría de las demoliciones
- Teatro municipal
- San Bruno, Marcó del Pont y los talaveras

- Canciones y payadores
- Doña Beatriz de Ahumada
- El padre Padilla
- Andrés bello y Lastarria
- Primeros pasos de La Nación
- Cómo se escribe un cuento
- Los peleadores de las letras
- Nuestras lecturas
- Los nombres en las novelas
- Criollismo y chilenidad
- Omer Emeth
- Vicente Huidobro
- Domingo Melfi
- El primer tranvía eléctrico de Santiago
- Los carritos urbanos
- La cale Victoria
- La torre del Espíritu Santo
- Concepción, puerto de mar (premio Camilo Henríquez al mejor artículo del trimestre, sept. De 1950, otorgado por la Sociedad de escritores de Chile)
- Talcahuano
- Homenaje a Quilpue

“La deschilenización de Chile”

- La deschilenización de Chile
- ¿Dónde te fuiste, tango, que te busco siempre?
- El origen de los araucanos según Hennecker Strand
- La verdad sobre los indios
- La estatura del chileno
- El germano aindiado y la india germanizada
- Cuando se es roto chileno
- Diversidad de la cueca
- Principios de familia
- Aguantaderas nacionales
- Valor de los negros
- Filetes de ballena
- Enfermedades de las estrellas
- Catch as catch can
- Intriga mortífera
- Quilpue en 1946
- Los incendios y otros temas
- En la plaza Brasil
- La moda
- R.I.P
- Torre de Babel
- La amansadora
- El cacho
- Mudanza del zoo

- Noche de horror y noche buena
- Navidad santiaguina
- Vanidad
- Una cartea
- Un antiguo deseo de destruir

“Crónicas del centenario”

- Vicho Balmaceda
- Fin de Vicho Balmaceda
- Claudio de Alas
- Los fantasmas
- Armando Hinojosa
- El marqués de Montemar
- Bautismo de sangre en mayo de 1903
- Sucesos de Iquique en 1907
- El 18 del Centenario
- Don Emiliano Figueroa, payador en 1910
- Un fusilamiento el 5 de julio de 1910
- Gath y Cháves
- El centro
- Los carritos urbanos
- Club de la Unión, motivo político
- El manto
- Primeras piedras en 1910
- Una película en 1910
- Aventura del Teatro Municipal
- Biografía del Teatro Municipal
- Diversidad de la cueca
- Política en el Centenario de 1910
- Primavera, la sangre altera
- Murillo y la propaganda
- Las carreras del 20 en 1910
- Santiago en 1901
- Ataques a don Pedro Montt
- Mala suerte presidencial
- 19 de septiembre de 1910
- Don Malaquías Concha y el negocio de la obstrucción parlamentaria de un diario de la época
- Un garito en 1910

“Mitópolis”

- Mitos
- Mitos persistentes
- Mentirosos y mitómanos
- El mito en la política

- Mitos en La Araucana
- El misterio de Caupolicán
- Mito del colocolo
- El invunche
- Imbunche o invunche
- Los conquistadores y los reyes de España
- Estatuas de conquistadores y otras
- Ropas de los conquistadores
- Las mujeres de los conquistadores
- Vascos y ejecutorias de nobleza
- La belleza de la Quintrala
- Origen de la palabra Quintrala
- El coipo
- El mito de Manuel Rodríguez y la batalla de Maipo
- Mitos de San Bruno, de Marco del Pont y de los Talaveras
- El soldado bajo el caballo de O'Higgins
- Calavera de don José Miguel Carrera
- Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la Independencia
- Mito de la casa histórica
- La casa de Bello en Caracas
- O'Higgins y Miranda en Londres
- Chile en el Pacífico
- Herederos de pepe Botella en Santiago
- Los millones de Mr. Thompson
- Mitos de herencias
- Las herencias fabulosas
- Hechos fabulosos en Valparaíso
- Chistes de don Ramón Barros Luco
- Mitos de Barros Luco
- Barras de oro en Lo Águila
- Chistes viejos
- El tesoro de Valparaíso
- Un buscador de tesoros murió en actos del servicio
- Santos Chocano y el entierro
- Paraíso de Pascua
- El maestro de Bolívar
- Stradivarius en Coyhaique
- Los gringos y el fútbol
- Retratos
- Robinson Crusoe de Juan Fernández o Tobago
- El bandido de Joaquín Murieta
- El marinero electricista
- Momentos de Valparaíso
- Mito de la estatua de la justicia en Valparaíso
- Monumento a Prat
- Estatua del roto chileno
- Enterrado vivo
- El mito de don Federico Santa María
- Cachiporra, Osuna y Pedro León Gallo

- El *Baltimore* y el Banco Edwards
- La marina norteamericana y Chile
- Lo del *Baltimore*
- Ilusión y turismo
- El subterráneo de los jesuitas
- El uranio chileno para Chile
- Mentiras o mitos ponderativos en las películas
- Oro, manganeso, ónix y mármol en Quilicura
- Del boxeo
- El avión de Viracocha
- Napoleón en Chile
- El amigo de Churchill
- El reloj más grande del mundo
- El cerro encantado
- El frío
- San Juan frío
- Verduras de Lima y papel moneda en 1807
- Tres millones cuesta la colección de mariposas que exhibe Museo Nacional
- Rodeo a la chilena
- Isla de Mares del Sur
- Raza del Pacífico
- La Madre China
- La Madre Patria
- Clima mongólico
- El mito del reposo

“Valparaíso y otros lugares”

- El Heladero
- Viejo Valparaíso
- El viejo Valparaíso (old Valparaíso)
- Neurasténicos
- ¿Quién fue Amos Burn?: Jorge Walton S.
- Agustín Ross, por Guillermo Feliz Cruz
- Valparaíso, otro mundo
- Días de Viento (recuerdos de 1902)
- Encantos del Puerto
- El Parque de Valparaíso
- Valparaíso y su Parque
- Plaza del Orden
- Una plaza de cien millones
- Viento en 1920 y 1954
- Valparaíso en 1954
- Valparaíso en 1955
- A Valparaíso por la Panamericana
- Heinrich Weber, niño alemán, quiere conocer Valparaíso
- Película “Valparaíso”
- Valparaíso

- Magia de Valparaíso
- El tesoro de Valparaíso
- Valparaíso y el detalle
- Exposición de fotografías
- Burritos de Valparaíso
- Las cúpulas
- Comedores de cabezas
- ¿Con cuánta plata se puede veranear en Valparaíso?
- La Iglesia del Barón
- Teatro “Odeón”
- Ascensores
- La calle Victoria
- La calle Tivolá, Caletones y el tremendo golpe
- La Calaguala
- Los cuarenta cerros de Valparaíso
- Homenaje a Quilpue
- La estatua de Lord Cochrane
- Gran remate en Viña del Mar
- La bolita
- El castillo Wulff
- La casa pompeyana
- Viejas tiendas
- Despedida a la sombrerería Presciutti
- La Torre del Espíritu Santo
- El Espíritu Santo
- El hotel con arteriosclerosis
- Derrumbe en el Cerro El Litre
- Incendio en el Puerto
- El enigma de Valparaíso
- Drama y comedia en Valparaíso
- Terremoto de Valparaíso
- Más del terremoto de 1906
- 57 temblores en dos días
- Pancho
- Hay otros Valparaísos
- El centro
- Pasaje Matte
- La Casa Colorada
- Gath y Chaves
- Confitería y pastelería de Torres
- Aventura del Teatro Municipal
- Opereta en el Municipal
- Las carreras
- Zapallar
- Montegrande
- Concepción, puerto de mar
- Talcahuano

“Hotel Oddó”

- El Hotel Oddó
- Despedida de la Sombrerería Presciutti
- El hotel con arteriosclerosis
- Jockey Club y elegancia argentina
- Chuchunco, ayer y hoy
- El terror en el juego
- Asesinato de Portales
- De don Simón Rodríguez a doña Juana Ross
- Del obispo Villarroel al mariscal Montgomery
- Biografía de Coke
- Memorias y autobiografías
- Crueldad en la literatura iberoamericana
- Las conductoras
- La vejez de la Bella Otero
- Atolondrados
- El latero
- Los monocordes
- Categorías de Borrachos
- La imposible vida social
- El aburrimiento
- Banquetes y discursos
- Invento chileno contra el cáncer en 1905
- Estímulo de Año Nuevo
- Monumento a Alessandri
- Caballeros, caballos y carruajes
- Heinrich Weber, niño alemán, quiere conocer Valparaíso
- Frío
- Vida privada de los genios
- Aviones en la selva
- Otro desastre
- Milagros y apariciones
- Indios aucas y misioneros
- Chile en fuga
- El continente estúpido
- El carácter de los ingleses
- Hace diez años tuvo lugar la batalla naval más grande
- Bromas de imprentas
- ¿Vale algo mi última novela?
- Almuerzo de escritores
- Palabras nuevas
- Ejemplos de estilo rebuscado
- Disparates, pifias o tropezones
- La fantasía del doctor Ox
- Y la cabalgata pasa
- Comisario de policía
- ¿A qué cine iremos?
- *La fuente del deseo*

- De *El seminarista* a *Dios creó a la mujer*
- Ingrid Bergman y la fatalidad
- Reflexiones en el cine
- Don Vicente Reyes
- Gabriel Amunátegui
- Don Manuel Lezaeta Acharán

“Recuerdos de un cuarto de siglo”

- Recuerdos de un cuarto de siglo
- Mi tío Juan Bello
- *El feísimo Lentejilla*
- A un cuarto de siglo de mi primera novela
- Impresiones de mi recepción
- Fantasmas de Valparaíso
- Sencillez de Valparaíso
- Terremoto de Valparaíso
- Más del terremoto de Valparaíso
- El archivo
- Memoria de escritores
- Un recuerdo de París
- La obscenidad en la literatura
- Don Simón Rodríguez regresa a Caracas
- Don Simón Rodríguez en Chile
- Vendel Heyl y don Simón Rodríguez
- Don Simón Rodríguez y sus mujeres
- Sara Hübner y Juan Ramón Jiménez
- Teresa Wilms ha muerto
- El sobretodo de Rubén Darío
- *El Ferrocarrilito*
- Ortega y Gasset en Montolín
- Baroja y América
- Familias con *jettatura*
- A la escuela
- Glotones
- Castellano macarrónico
- Calumnias organizadas
- Carnicer, Egaña y Bello
- *Don Fausto*
- El 23 de enero de 1925
- Los detalles
- La casa del crimen
- Confitería y Pastelería Torres
- El “dúo de los paraguas”
- Actores antiguos
- La tienda, la zarzuela y el drama
- Tiempos de don Lucas Gómez
- Teatro Odeón

- *Chañarcillo*
- Mi padre en el cine
- Los muchachos de antes no usaban gomina
- El Gran Dictador
- *Jack el Destripador*
- La Quintrala en el cine
- *El último cuplé*
- *Semilla de maldad*
- Chaplin español, o lo español que hay en Chaplin
- Recordando en el cine
- Psicosis en el cine

3- LISTADO DE OBRAS DEL JOAQUÍN EDWARDS BELLO (basado en anexo de “Mitópolis”, www.memoriachilena.cl y www.escritores.cl)

- “El inútil”. Novela. 1910
- “Tres meses en Río de Janeiro”. Crónicas. 1911.
- “El Monstruo”. Novela. 1912.
- “La tragedia del “Titanic”. Narración. 1912.
- “Cuentos de todos colores”. 1912.
- “La cuna de Esmeraldo”. Preludio de una novela chilena. 1918.
- “El Roto”. Novela. 1920.
- “Metamorfosis”. Prosa y verso. 1921
- “La muerte de Vanderbilt”. Novela. 1922.
- “Crónicas. Valparaíso-Madrid”. 1924.
- “El Nacionalismo continental”. Ensayo. 1925
- “Tacna y Arica. Cap. Polonio”. 1926.
- “El bolchevique”. Novela Breve. 1927.
- “El chileno en Madrid”. Novela. 1928.
- “Valparaíso: la ciudad del viento”. Novela. 1931.
- “Criollos en París”. Novela. 1933
- “El bombardeo de Valparaíso y su época”. Crónicas. 1934.
- “Don Eleodoro Yáñez, “La Nación” y otros ensayos”. Crónicas. 1934.
- “Don Juan Lusitano”. Crónicas. 1934.
- “La chica del crillón”. Novela 1935.
- “En el viejo almendral”. Novela. 1943.
- “Crónicas”. 1964.
- “Recuerdos de un cuarto de siglo”. Crónicas. 1966.
- “Hotel Oddó”. Crónicas. 1966.
- “Nuevas crónicas”. 1966.
- “El subterráneo de los jesuitas y otros mitos” (“Mitópolis”). Crónicas. 1966.
- “Crónicas del Centenario”. 1968.
- “La Quintrala, Portales y algo más”. Novela. 1969.
- “Memorias de Valparaíso”. Crónicas. 1969.
- “En torno al periodismo y otros asuntos”. Crónicas. 1969.
- “Andando por Madrid y otras páginas”. Crónicas. 1969.

- “Francisco Miranda y otros personajes”. Crónicas. 1970.
- “Crónicas del tiempo viejo”. 1977.
- “La deschilenización de Chile”. Crónicas. 1977.
- “Mi bisabuelo de piedra”. Biografía de Andrés Bello. 1978.